

1065

LOS SIEMPRE
RUGUERA

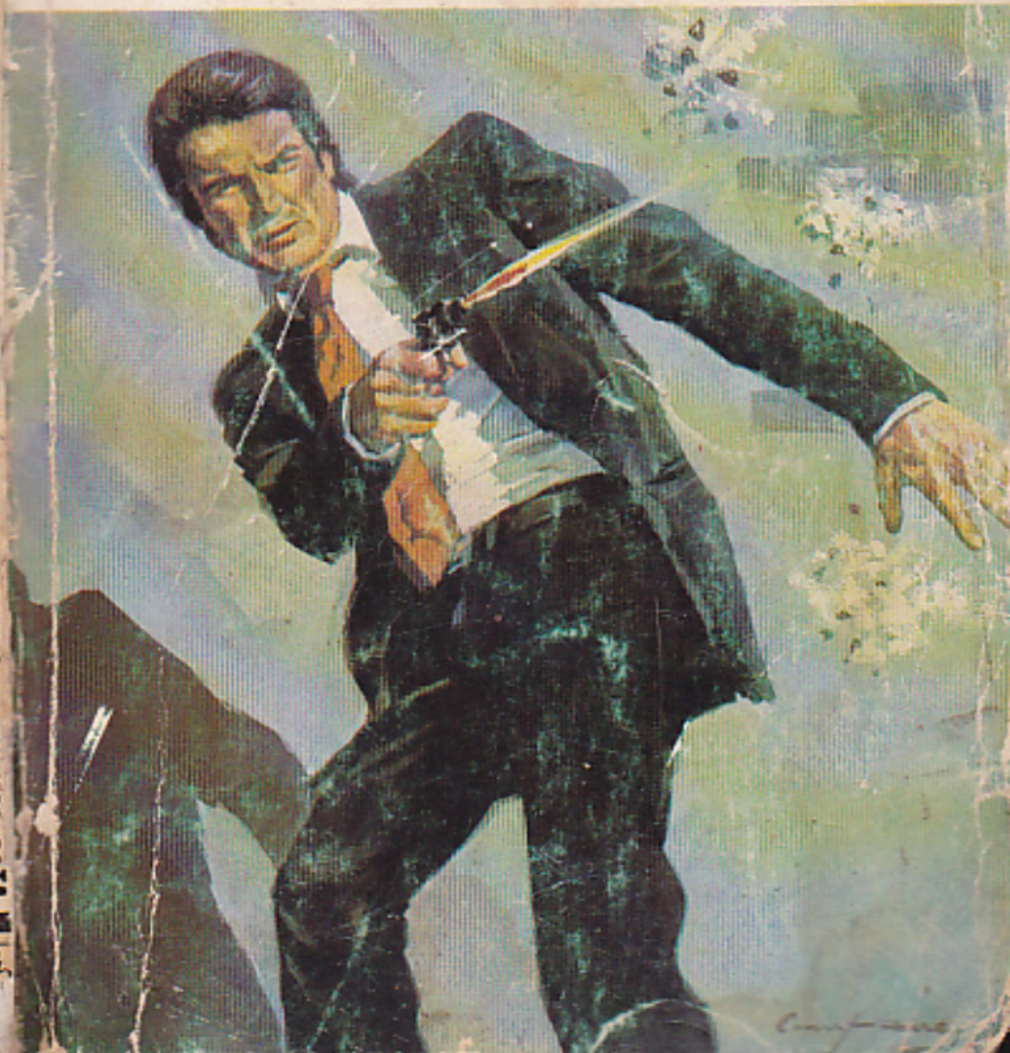
PUNTO
ROJO

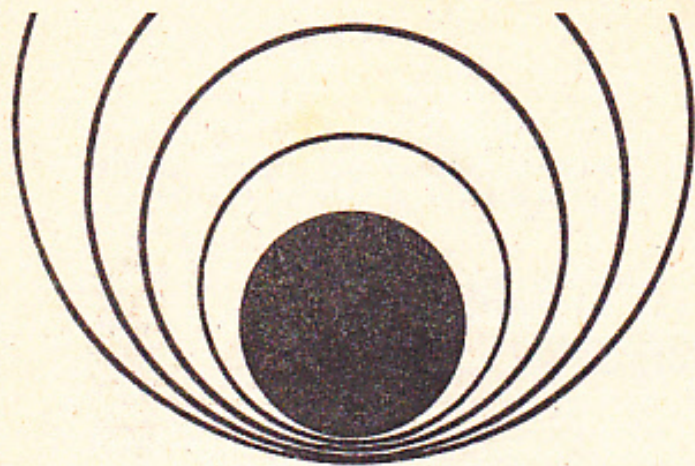
HASTA LA ULTIMA GOTA

Lou Carrigan

Lou Carrigan

HASTA LA ULTIMA GOTA





PUNTO ROJO



LOU CARRIGAN
HASTA LA ULTIMA GOTA

Colección PUNTO ROJO n.º
1.065 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

584 — Con la vida de otro.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 — Sekreten Polizeiken

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

545 — El valle que quedó en el olvido.

En Colección PUNTO ROJO:

1.059 — Una vez en la vida.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.676 — El canto del pavo real.

En Colección KANSAS:

1.250 — Esta bala es para ti.

En Colección CALIFORNIA:

1.342 — Morir y dejar morir.

En Colección COLORADO:

299 — Corazón de oro.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 26.857-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1982

2.a edición en América: marzo, 1983

© Lou Carrigan - 1982

texto

© Company - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1982

CAPITULO PRIMERO

Muntyan Potkin, alto, rubio, atractivo, simpático, inteligente, culto, políglota, polifacético, periodista, y, por más señas, ruso, era un hombre razonablemente fácil de conformar.

Desde el vodka y el caviar a un simple bocadillo de sardinas, lo aceptaba todo. Incluso, ni siquiera les tenía ojeriza a los chinos, ni a los americanos. Vamos que era un tipo de esos con los que da gusto relacionarse. Se pasaba muy bien con él, era comprensivo, amable, atento, educado...

Sin embargo, había dos cosas que Muntyan no soportaba.

A saber: a) el cretinismo, y b) la maldad. Lo que en opinión del buen Muntyan venía a ser lo mismo, ya que sólo los cretinos, los deficitarios mentales de un modo u otro, pueden ser malvados. Bien entendido que una cosa era enfadarse por alguna que otra tontería, lo que sólo indicaba un relativo mal genio, y otra cosa muy diferente era ser malvado.

¡Vaya si había diferencia!

Por ejemplo, en aquel momento Muntyan estaba enfadado; incluso para ser más expresivos, estaba cabreado. Y con razón. El era un periodista serio y honesto, como creía que debían ser todos los periodistas del mundo. En cambio, allá tenía a aquel cretino que firmaba aquella noticia inserta en uno de los periódicos de las Islas Bahamas.

¿Qué decía en su noticia aquel cretino? Pues decía, ni más ni menos, que habían sido hallados témpanos de hielo flotando en las aguas del Caribe, cerca de las Pequeñas Antillas, concretamente en aguas de la Martinica.

Lección de geografía: la isla Martinica está situada en los 14° 30' de latitud Norte. Que lo mismo habría sido latitud Sur, para el caso. Allá, lo que importaban eran los grados y minutos. Catorce grados y treinta minutos de latitud Norte. Es decir, en plena zona tropical del planeta Tierra. ¿Y qué pasa en los trópicos? Pues que hace calor, mucho calor. Cuando llega la época de las lluvias, vaya si llueve, pero de frío nada. No en el mar, señores.

Porque, sí, hay zonas del planeta situadas también en el trópico, en donde existe la nieve. Pero ésas son zonas montañosas de gran altitud, como por ejemplo, para citar un lugar conocido, el Kilimanjaro, que se halla como quien dice en el mismísimo ecuador, pero a una altitud de casi seis mil metros. Así que muy bien, había nieves en el Kilimanjaro. Pero... ¿en el mar Caribe?

—Eres un cretino y un mamón —dijo en voz alta y en ruso Muntyan.

—¿Qué dices? —llegó la voz femenina desde el dormitorio, en inglés.

—Nada que te afecte, querida —habló ahora en inglés el políglota Muntyan—. Estaba insultando a un cabroncete.

—¿Y por qué lo insultas?

—Pues por eso, porque es un cabroncete. Aunque no sé... Me extraña que un periódico serio dé una noticia como ésta.

Dentro del dormitorio se oyó un rumor, luego el sonido de unos pies descalzos deslizándose por el suelo. Finalmente, la muchacha apareció en el umbral, completamente desnuda y alzándose gozosamente los cabellos.

—He pasado una noche maravillosa —dijo como en éxtasis.

—Me alegra que hayas dormido bien —sonrió Potkin.

Ella le miró con asombro, y luego se echó a reír.

—¡Sí, sí, dormir...! ¡Contigo no hay quien duerma!

—Siento haberte privado de una noche de...

—¡Oh, no seas tonto! —ella corrió hacia él, le arrancó el periódico de las manos y se sentó en sus rodillas—, ¡No me estoy quejando, sino todo lo contrario! Dormir, puedo dormir cuando quiera, pero pasar la noche con un hombre como tú no es cosa de todos los años.

—Entonces me alegro de que no hayas dormido.

—Yo también. ¿Por qué hablabas solo? Y además, no he entendido una sola palabra de lo que decías.

—Es que hablaba en ruso. Ya sabes, idioma de espías.

—¿Eres un espía? —rió ella.

—Ni en sueños. No estoy loco.

—¿Eso quiere decir que los espías están locos?

—Deben estarlo. ¡Vaya profesión cochina! Te diré una cosa: para que yo me metiese a espía tendrían que amenazarme de muerte. Pero en fin, no era de nada de eso de lo que hablaba. ¿Sabes que hay hielo en el Caribe?

—¿Y qué?

—En el *Caribe*.

—Sí, sí, en el Caribe. ¿Y qué?

—Oye; ¿tú sabes dónde está el Caribe?

—Claro; hacia abajo.

—Hacia abajo —repitió Muntyan—. ¡Esta es buena!

—¿No está yendo para abajo?

—Pues depende, porque si estuvieses en Brasil sería yendo para arriba.

—El Brasil también está para abajo.

—¿Por qué dices *el* Brasil, por qué no simplemente Brasil?

—Ay, no sé. Todos lo dicen: el Brasil, la Argentina, el Japón...

¿No?

—Pues sí, es cierto. Pero entonces, ¿por qué no decís la Portugal o el Portugal, o la Colombia, la Panamá y el o la Chile?

—¡No me calientes la cabeza!

—De acuerdo. Bueno, ya nos veremos esta noche.

—¿Quieres que me vaya? ¿Sin echar otro?

—Pues mira, en eso no había pensado.

Ella rió, se abrazó a él, y le besó en la boca.

Se marchó casi una hora más tarde, con la promesa por parte de Muntyan de que, en efecto, se verían también aquella noche en el Casino de Nassau.

Y es que hasta en eso tenía suerte Muntyan Potkin. No era, ni de lejos, un jugador, y ni siquiera aficionado al juego. Había ido al Casino para pasar el rato, y, cómo no, tomar unas notas para el libro que estaba escribiendo respecto a su instructivo viaje alrededor del mundo. Y a decir verdad, fue al Casino cuando llevaba ya más de una semana en Nassau, interesándose más por otros aspectos de las Islas Bahamas. ¿Y qué había ocurrido cuando finalmente fue al casino? Pues que había ganado un montón de dinero y además había conocido a la muchacha. Doble pleno.

Sobre todo, la muchacha. Además de ser guapísima, era simp...

La llamada sonó justo en este momento de los pensamientos de Muntyan, que estaba sonriendo, sentado en el borde de la cama, claro está, desnudo. Insignificante circunstancia, ya que quien llamaba debía ser la muchacha, que se había olvidado algo.

De modo que, simplemente, Muntyan se puso en pie, salió del dormitorio y se encaminó hacia la puerta del *bungalow* que había teñido el buen acierto de alquilar, cerca de la playa.

Exacto: no era la muchacha.

Eran dos hombres altos y atléticos, de oscura mirada, que parpadearon al apenas al verlo desnudo. Muntyan soltó una interjección en ruso, y acto seguido hizo ademán de cerrar la puerta. No pudo hacerlo. Uno de los desconocidos alzó una manaza velluda, y se lo impidió apoyando la palma en la madera.

Al mismo tiempo, preguntó:

—¿Potkin?

—Sí. Pero esperen un momento, voy a vest...

El otro empujó y entró, seguido de su compañero, que fue quien cerró la puerta, y dijo, en ruso:

Hemos esperado a que se fuera la mujer. ¿Hay alguien más?

—No —murmuró Muntyan.

—Bien. Tenemos que hablar, Potkin.

—De acuerdo. ¿Qué tal si me pongo algo encima?

Los dos encogieron los hombros. Muntyan frunció el ceño, se

fué al dormitorio, y salió a los pocos segundos, poniéndose los pantalones cortos del pijama.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó—. No nos conocemos, ¿verdad?

—Vladimir y León —dijo el que había empujado la puerta—. Somos de la KGB, camarada Potkin.

Este ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Pues yo no —dijo secamente.

—Lo sabemos. Se nos ha facilitado un informe completo sobre usted.

—¿Y eso por qué? Mi viaje ha sido autorizado por...

—Camarada Potkin — dijo León, alzando el periódico que poco antes había hojeado Muntyan—, ¿ha leído la noticia del hielo del Caribe?

—Sí. Es una idiotez.

—No. Es una noticia verídica.

Muntyan entornó de nuevo los párpados, y, sin decir nada, se sentó en el sillón de antes. Los llamados León y Vladimir permanecieron de pie, mirándole como sopesándolo, como valorándolo.

—Hay otra noticia que no sale en los periódicos —dijo lentamente el hercúleo Vladimir—; dos compañeros nuestros de la KGB han sido asesinados, después de ser torturados, según indican las evidencias. Como consecuencia de esto, y temiendo lo que nuestros dos compañeros pudieron verse obligados a decir, todos los demás tuvieron que desalojar la Martinica.

—Lo comprendo. ¿Todo eso tiene que ver algo con el hielo, con los témpanos del Caribe?

—¿Usted cree que eso es normal?

—¿Lo de los témpanos? Claro que no.

—Entonces, es fácil comprender que está sucediendo algo anormal en el Caribe, ¿no?

—Evidentemente.

—Nosotros pensamos que esa anormalidad tiene algo que ver con el asesinato de nuestros dos camaradas. Esa clase de cosas insólitas suelen estar relacionadas con el espionaje. Y si asesinan a dos espías, más motivo para llegar a esa conclusión. ¿Le parece razonable?

—Francamente, sí. Bastante, considerando que han sido dos hechos coincidentes. ¿O no lo han sido?

—Lo han sido. Y como nos hemos quedado sin personal en la Martinica, se nos ha sugerido que usted podría... resolvernos ese problema.

—¿Yo? ¿Y de qué modo?

—Yendo a la Martinica, claro está.

—Ni hablar de eso. Es decir, no es que me niegue a ir a la Martinica, ni mucho menos, sino todo lo contrario, ya que eso del hielo es una noticia periodística interesante. Pero en lo de meterme a espía... ¡ni hablar!

—No vamos a pedirle que haga de espía —sonrió León—, sino de periodista. Sólo de periodista.

—Ah... Bueno, eso es otra cosa. Pero miren, no nos engañemos, si la KGB me envía allá tendré que hacer algo de espionaje, y eso no me gusta. No me gusta nada. Por otro lado, si voy allá como simple periodista no creo que mis gestiones puedan resolver sus problemas, ni el asesinato de esos dos camaradas. ¿De acuerdo?

—Nosotros hemos recibido instrucciones para colocarlo a usted en una determinada línea de trabajo, camarada Potkin, y se espera que usted colabore con todo su interés. Siempre como periodista.

—Pero ya les digo que como periodista no conseguiré...

—¿Sabe lo que es el vudú?

—Claro. Magia negra y cosas de ésas.

—¿Menosprecia usted el vudú?

—No siento absolutamente nada hacia el vudú, del mismo modo que no siento nada hacia los marcianos: ni uno ni otros me han demostrado *a mí* su existencia.

—Es una postura muy cerebral. Pero no vamos a discutirla. El hecho cierto es que, al parecer, eso de los tímpanos en el Caribe es cosa del vudú.

—No digan tonterías —gruñó Muntyan—. Ya son mayorcitos.

Los dos hombres de la KGB sonrieron. Vladimir sacó un recorte de periódico, y se lo tendió a Muntyan, diciendo:

—Es de un periódico antillano. Habla del asunto de los tímpanos de hielo en el Caribe. Léalo. No tenemos prisa.

Se sentaron por fin, y Muntyan procedió a la lectura del artículo. Era de lo más chocante y delirante. Según se decía allí, la causante de los tímpanos era una sacerdotisa vudú, llamada Vudu-Vudu Claudine, más familiarmente *Vuvu* Claudine, la, cual afirmaba muy seriamente que lo había conseguido utilizando magia vudú. Naturalmente, los organismos oficiales no le hacían el menor caso, pero *Vuvu* Claudine se había convertido en una celebridad de la noche a la mañana.

Lógico. Y muy bien aprovechado para promocionarse por la tal *Vuvu* Claudine. Una inteligente y audaz oportunista.

—Leído —devolvió Muntyan el periódico—. Pero si esperan que vaya a entrevistar a esa bruja, olvídenlo. Yo soy un periodista serio, no un periodista sensacionalista.

—Sabemos eso. Y nuestra propuesta también es seria. Debemos pedirle que vaya a la Martinica a investigar... periodísticamente hablando a *Vuvu* Claudine. Por supuesto, deberá conseguir

también una o varias entrevistas con ella, dejando bien claro que son para un reportaje periodístico. Luego nosotros analizaremos los resultados de esas entrevistas.

—Es perder el tiempo.

—A decir verdad, nos tememos que sí, camarada Potkin, pero no tenemos otra pista sobre el asesinato de nuestros dos compañeros ni sobre esos témpanos. Sin embargo, creemos que la relación entre unos y otros existe. Así que hemos pensado aprovechar la única pista que tenemos: *Vuvu Claudine*. Si, como es de suponer, es una farsante oportunista, usted hace su reportaje y sigue su camino, pero tal vez, y digo *tal vez*, *Vuvu Claudine* haya tenido algo que ver con eso, de un modo u otro.

—Eso es absurdo.

—No nos referimos ahora a que ella haya provocado esos témpanos, sino a que sepa algo al respecto. Algo mucho más creíble que el vudú. Podría ser que *Vuvu Claudine* estuviese haciéndole el juego a alguien colocándose como cortina de humo para los bobos atribuyéndose, bajo instrucciones, la formación de esos témpanos. Y como los témpanos son *auténticos*, nosotros tenemos que aferrarnos a esa única pista: *Vuvu Claudine*. Si usted, o nosotros tras analizar sus informes, consideramos que ella es sólo una oportunista... independiente, fin del asunto. Si por el contrario, nos parece que ella está relacionada de un modo u otro con *la verdad*, usted abandonará el juego y nosotros nos encargaremos del resto.

—Y en definitiva —añadió León— todo lo que usted habrá hecho será comportarse como un periodista normal.

—Y habrá colaborado con la KGB y con Rusia —machacó Vladimir.

—Sin contar —sonrió León— con que la Martinica es un sitio agradable y simpático. No menos que las Bahamas, se lo aseguro. Y a fin de cuentas, usted está dando la vuelta al mundo, ¿no es así?

—Y la Martinica está en el mundo, ¿no es eso? —sonrió Muntyan.

—Indiscutiblemente.

Muntyan Potkin reflexionó unos segundos, y por fin asintió.

—De acuerdo. Saldré hacia allá inmediatamente.

—No, no. Creemos conveniente que espere usted un par de días, incluso tres. Siga divirtiéndose y leyendo este informe que le hemos preparado —Vladimir le tendió un sobre—. Luego, destruyalo, por supuesto.

—De acuerdo. Pero... ¿por qué tengo que esperar?

—Porque la colmena está revuelta.

—¿La qué?

—La colmena. El asesinato de nuestros dos compañeros ha trascendido, y hay elementos de 'arios servicios de espionaje revoloteando por el lugar intentando averiguar qué ha pasado. Es mejor que llegue usted cuando las cosas estén más calmadas. Además, al llegar tan tarde no llamará la atención, nadie pensará que es otra cosa que un periodista. ¿Comprende?

—Maldita sea —masculló Muntyan—. ¡Me están enviando a un sitio lleno de espías!

—Cuando usted llegue la mayoría se habrán marchado. No se preocupe.

—¿Y si no se han marchado? ¿Y si cuando voy a ver a *Vuvu Claudine* me encuentro con docenas de espías que la asedian con las mismas intenciones que yo?

—No. Los que encuentre serán periodistas. Los espías ya habrán hecho su trabajo, van más al grano. Tres días es más que suficiente para ellos. No encontrará ya espías alrededor de *Vuvu Claudine*, por la sencilla razón de que habrán conseguido ya lo que querían, o habrán comprendido que no han de conseguir nada. No estarán allí cuando usted llegue.

—¿Y si son los otros los que se enteran de lo que ustedes quieren saber?

—Le ahorrarán trabajo a usted —sonrió León—, Si eso sucede le avisaremos para que abandone el asunto, porque ya sabremos lo que queríamos saber.

—¿Cómo demonios han de saberlo, si los que lo averiguan son los espías de otros servicios?

—Tenemos amigos que nos pasarían esa información.

—¿Amigos? ¿En los otros servicios?

—Eso forma parte del juego —sonrió Vladimir—. Nosotros también ayudamos de cuando en cuando a otros colegas,

—¿De veras? —exclamó Muntyan, atónito.

—Claro. Siempre en pequeñas cosas, se entiende. Camarada Potkin, nosotros confiamos en usted precisamente porque no es espía. Esperamos que haga las cosas... de otra manera, es decir, que tenga más éxito que otros precisamente porque no utilizará los medios que habitualmente utilizamos los espías. Contra esos medios habrán tomado sus medidas, pero no contra los de un periodista que no entiende nada de espionaje. ¿Me comprende?

—Sí.

—Espléndido. Bueno, disfrute de tres días más de su estancia en las Bahamas, y luego salga hacia Fort de France, Martinica. Y... Bueno, aunque el informe dice que es usted muy inteligente, nos vamos a permitir darle un consejo. Uno solo: no se burle del

vudú.

—Camarada Potkin —sonrió León, dirigiéndose hacia la puerta
—, ¡feliz arribada a Fort de France!

CAPITULO II

El periodista ruso Muntyan Potkin llegó a la Martinica en el momento convenido, y tras un doble vuelo, el primero desde Nassau a San Juan de Puerto Rico, y el segundo desde aquí al aeropuerto de Fort de France, en la isla citada.

En el aeropuerto tomó un taxi en el que se hizo llevar a la ciudad. Y ya en ésta, fiándose del comunicativo taxista negro, aceptó instalarse en el Hotel Royal, en la Avenida de las Antillas. Sin empacho alguno, se inscribió como lo que era: ciudadano ruso Muntyan Potkin, de profesión periodista, todo lo cual constaba muy claramente en su pasaporte.

El Hotel Royal no era muy grande ni, desde luego, lujoso, pero era uno de esos lugares cálidos floridos y de agradable atmósfera que encantaban a Potkin. Había criados negros que siempre sonreían, y preciosas negritas o mulatas que parecían dispuestas a reír por cualquier motivo. Eran, cierto, un poco diferentes de los negros de las Bahamas, más bulliciosos y sencillos. El francés que hablaban era absolutamente detestable, pero Muntyan, el políglota Muntyan, se las arregló perfectamente para entender y hacerse entender. No sería una cuestión idiomática la que dificultase su labor en la Martinica, ciertamente.

La habitación en la que se instaló Potkin era espaciosa, tenía aire acondicionado, tiestos con flores y plantas en una pequeña terraza, cuarto de baño completo, y estaba más que razonablemente limpia. Desde ella veía el puerto y, en resumen, no se podía pedir más, si bien, esto aparte, el ciudadano Potkin, alto, rubio, guapo, inteligente, simpático, amable, políglota y polifacético, era fácil de conformar, dado su buen carácter.

Con este buen carácter aflorando en forma de sonrisa en su atractivo rostro, Muntyan Potkin abandonó el hotel, duchado y pulcro como un auténtico caballero, poco después de las cuatro de la tarde. Para entonces, se había enterado ya de que *Vuvu* Claudine ocupaba ahora un pequeño chalé en las afueras de la ciudad y que, desde hacía dos días, se negaba a recibir a los periodistas. Había dicho ya cuanto tenía que decir, y punto. Así que ya tenía el buen Muntyan la primera contrariedad.

Mientras reflexionaba sobre el modo de resolverla, decidió darse un paseo por el puerto, donde, según se había informado asimismo, había lanchas que por una cantidad razonable llevaban a los curiosos al lugar donde ya considerablemente reducidos de tamaño debido al calor, y custodiados por tres o cuatro lanchas gubernamentales estaban los témpanos de hielo, que habían sido

remolcados desde el lugar donde fueron hallados hasta una distancia relativamente cercana a Fort de France.

Dispuesto a convencerse con sus propios ojos de la existencia de los témpanos (aunque a estas alturas habría resultado absurdo seguir dudando de su realidad) Muntyan alquiló una de aquellas lanchitas pequeñas y deterioradas con las que sus propietarios estaban haciendo una pequeña fortuna desde que aparecieron los témpanos. El patrón de la lancha, que, ¡cómo no!, era un negro simpático de ademanes indolentes, destrozó y martirizó el francés que Muntyan conocía, pero se entendieron. ¿Los témpanos? ¡Claro que los había visto! ¡Los había visto todo el mundo ya!

Muntyan aseguró que él no los había visto todavía, pero esto quedó resuelto en cuestión de minutos. Por supuesto, su tamaño se había reducido considerablemente, pero todavía sobresalían de la superficie del cálido mar unos seis u ocho metros, y refulgían al sol. Las autoridades parecían dispuestas a abandonar su vigilancia y permitir que fueran visitados, pero, de momento, la vigilancia persistía. El público en general no podía acercarse demasiado a los témpanos.

Sin embargo, con los prismáticos que le facilitó el lanchero, Muntyan pudo ver en uno de los témpanos algunos hombres, caminando cuidadosamente sobre el hielo.

«Apuesto —pensó Muntyan— a que ya tenemos ahí a los americanos analizando esos témpanos, a ver si descubren algo nuevo.»

Y es que los americanos se meten en todas partes.

Sobre todo, la CIA.

¿Había tenido algo que ver la CIA con los asesinatos de los dos agentes rusos que previamente fueron torturados? A Muntyan, en la última entrevista antes de partir de Nassau, le habían dicho que, lógicamente, no, porque los americanos no eran tan estúpidos como para dejar los cadáveres a disposición de cualquiera, y, esto aparte, en aquellos momentos los americanos no deseaban complicarse la vida en el Caribe.

Pero... ¿quién sabe? A fin de cuentas, la CIA era un pulpo demasiado grande, y tal vez alguno de sus tentáculos estaba tramando algo en el Caribe. En fin, que Muntyan Potkin recibió la recomendación de que fuese con mucho cuidado en todo momento, no sólo por la CIA, sino por los demás servicios de espionaje, y, sobre todo, por los asesinos de los dos rusos...

—Son preciosos, ¿verdad? —dijo el lanchero.

Muntyan bajó los prismáticos, y alzó las cejas.

—¿Preciosos?

—Yo nunca había visto cosas de éstas, nunca. ¡Qué cosas, hielo

sobre el mar!

—Sí, qué cosas —sonrió Muntyan—. ¿Y sobre la tierra? ¿Ha visto' alguna vez hielo sobre la tierra?

—¡Claro que no!

—Pues cuando pueda vaya a darse un paseo por Rusia —rió Muntyan—, y ya verá hielo para toda su vida.

—¿Y por qué tengo yo que ir a Rusia? ¡Aquí estoy muy bien!

Muntyan asintió amablemente. Por supuesto que allá se estaba muy bien. Vaya que sí.

De regreso al puerto, admiró la transparencia de las aguas, el brillo del sol, la espuma de las playas... Es decir, que la extraña nostalgia volvió. Era curioso que sintiera aquella sensación de nostalgia cuando veía playas soleadas y vegetación tropical. Era una sensación cómo de viejos recuerdos, como si alguna vez hubiera conocido antes lugares como aquéllos, y los hubiera estado añorando toda su vida. Esto le había ocurrido a Muntyan siempre a partir de la primera vez que estuvo en un lugar tropical. Luego cuando regresaba a Moscú, se sentía deprimido durante semanas, hasta que conseguía en buena medida arrinconar el recuerdo de las palmeras y las playas.

Pero en cuanto volvía a verlas, por suerte muy de tarde en tarde, ¡zas!, ya estaba de nuevo allá aquella sensación de nostalgia.

Ya en el puerto, decidió darse una vuelta por las proximidades de *Vuvu Claudine*, a ver si se le ocurría alguna solución para llegar hasta la sacerdotisa vudú, la única pista de la KGB, y ciertamente un tanto fantástica.

No tuvo el menor problema en esto, pues el conductor del taxi que tomó sabía perfectamente dónde estaba ubicado el chalé de Claudine. Y añadió que lo sabían todos los taxistas de Fort de France, y no porque fuesen pocos, sino porque, vaya, en resumen, lo sabía todo el mundo.

Muntyan Potkin lo supo poco después. Tierra adentro, al pie de una suave colina, y algo apartado de otros chalés parecidos, estaba el de *Vuvu Claudine*, a la cual, por cierto, ya conocía por medio de las fotografías de los periódicos.

Interesante hechicera.

Tenía los cabellos blancos, el rostro largo y huesudo, negro hasta el máximo, y surcado por largas arrugas. La boca era como un tajo apenas visible entre la saliente barbilla y la ancha nariz. Todo muy notable. Pero especialmente, estaban los ojos de Claudine, pequeños, negros, duros e inexpresivos, que parecían dos diminutas simas en cuyo fondo parecía que podían encontrarse las explicaciones a todos los misterios del universo.

A su pesar, Muntyan Potkin se sentía impresionado por aquel rostro, y hasta pensó que, tal vez, *Vuvu* Claudine supiera más cosas que la mayoría del resto de los mortales. Lo que, por supuesto, no admitía ni creía que llegase a admitir que Claudine hubiera creado aquellos témpanos en el Caribe por medio del vudú.

Hasta ahí se podía llegar.

Y bien, en efecto, frente al chalé de *Vuvu* Claudine había mucha gente, no sólo periodistas, sino antillanos corrientes y molientes, algunos de los cuales tenían la esperanza de ser recibido por *Vuvu* mientras esperaban que se deslizara la información secreta de que la hechicera se disponía a organizar una «sesión» sólo para iniciados y privilegiados.

Tras pedir al taxista que le esperase, Muntyan se acercó al grupo de personas, indiferente a las expectantes miradas que le dirigieron los que debían ser periodistas o espías de diversos servicios. Mientras oía hablar a su alrededor en varios idiomas, Muntyan estuvo examinando la casa y el jardín que la rodeaba. Un jardín un tanto selvático, descuidado. Un par de altísimos árboles cuyo nombre no conocía daban en aquel momento sombra a la casa. No se veía a nadie fuera de ésta, ni en ninguna ventana...

—¿Americano? — oyó Muntyan junto a él.

Volvió la cabeza, miró amablemente el desgarrado y pecoso sujeto que portaba una cámara fotográfica colgando del cuello, y movió la cabeza.

—Ruso —dijo.

El otro parpadeó tres veces muy deprisa.

—Ah —dijo— Ruso.

—Sí, ruso —sonrió Muntyan.

—Bien... Muy bien. Periodista, claro.

Sí, periodista. ¿Usted también lo es?

Desde luego Británico.

—Sí, eso ya me lo había parecido. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Mal. Los que llegaron primero se llevaron toda la información que esa bruja está dispuesta a facilitar. Y ya se cansó de hablar con la prensa.

—Eso tengo entendido. Bueno mala suerte. Parece que he hecho el viaje en vano.

—¿Ha llegado directamente desde Rusia?

—No, no. Estaba en Nassau, de viaje. Me enteré de esto, terminé de arreglar unas cosas allá, y me vine a Martinica.

—Debió dejar lo que estaba haciendo y venir en seguida.

—¿Y usted no?

El británico sonrió.

—No vamos a conseguir nada aquí, puede estar seguro. ¿Qué tal si tomamos unas copas en la ciudad? Si tienen vodka, le invito.

Muntyan se echó a reír.

—Si no le molesta prefiero whisky escocés —dijo, sin dejar de reír—. De todos modos, será en otra ocasión.

—De acuerdo. Seguramente nos veremos por la ciudad. No es muy grande. ¿Está alojado en algún hotel?

—En un hotel, sí.

El británico vaciló, captó la mirada irónica que le dedicaba el ruso, y sonrió de nuevo

—Bueno, ya nos veremos.

—Seguramente.

Muntyan volvió a dedicar su atención a la casa. Bueno, ¿qué podía hacer él? Aun en el supuesto de que se las arreglara para entrar en la casa, lo que no parecía probable, ¿qué haría? Porque si Claudine no quería decir nada más era inútil intentar cualquier estratagema. Así pues, todo lo que podía hacer era investigar en torno a la hechicera. Pero investigar... ¿qué? Porque en aquellos momentos podía saber todo lo que quisiera sobre Claudine simplemente preguntando al chófer del taxi. Y para conseguir alguna información especial, algo que le ayudase en su cometido... ¿de dónde partía?

Tenía que reflexionar muy seriamente.

En el momento en que se disponía a dar la vuelta para emprender el regreso, vio llegar otro taxi, que fue a detenerse justamente delante de la verja del chalé. En seguida se apeó la pasajera, y, al instante, se hizo el silencio.

Silencio absoluto.

Muntyan Potkin tuvo, de pronto, la sensación de que la vida le había estado engañando hasta entonces. Una oleada de calor que le estremeció se esparció con tremenda fuerza por todo su cuerpo. Y en un instante, vislumbró hermosas playas, cocoteros, un cielo azul, una vida hermosa... y en medio de todo esto la imagen de aquella muchacha negra mirándole a los ojos y sonriéndole.

En otras palabras: quedó hechizado.

La muchacha era alta, de cuerpo esbelto pero de formas rotundas y magníficas, aunque en absoluto exageradas. Era un cuerpo tan flexible, tan grácil, tan palpitante, que parecía irreal, un dibujo, un sueño. Llevaba un vestido azul celeste que contrastaba de modo turbador con la negrura de cierto tono dorado de su piel, que parecía pura seda.

Y en cuanto al rostro, que vio casi de frente, causó en Muntyan la más fuerte impresión de su vida. Sus facciones no parecían de negra. Despejadas, de frente amplia, nariz recta y fina, barbilla hendida por un hoyuelo. Y sus ojos... Eran grandes, enormes, bellísimos, resplandecientes en su negrura.

La muchacha terminó de girar, y se encaminó hacia la verja, a

un lado de la cual había una cadenita, de la cual tiró.

—¿Usted está viendo lo mismo que yo?

Muntyan desvió un instante la mirada hacia el británico que de nuevo estaba a un lado, pero mirando hacia la muchacha negra recién llegada.

—¿Quién es? —susurró Muntyan.

—Ni idea... ¡Ni idea! Es la primera vez que la veo... ¡y todo eso que me he estado perdiendo! ¡Dios! ¿Usted ha visto alguna vez algo igual?

—No. Parece muy decidida. Tal vez la reciban.

—Tal vez. ¿Usted cree en el amor a primera vista? Yo sí, porque si esa muchacha no fuese negra va estaría enamorado.

Potkin miró inexpresivamente al inglés.

—Si no fuese negra no sería como es —dijo.

—Desde luego que no... ¡Seguro que no! Bueno, es una lástima, ¿no le parece?

Muntyan prefirió no contestar, dedicando de nuevo toda su atención a la muchacha. De la casa había salido una mujer baja y gruesa, con un pañuelo en la cabeza, que caminaba hacia la verja. Llegó ante la muchacha, con la que inició una conversación. La negra baja y gruesa movió negativamente la cabeza una y otra vez. Por fin, la muchacha abrió su maletín de viaje, sacó un pequeño paquete, y se lo entregó a la otra, que encogió los hombros, dio la vuelta, y regresó a la casa. La muchacha volvió al taxi, y éste partió.

—¿La seguimos? — preguntó el británico.

—No. Al menos yo no.

Encendió un cigarrillo, y volvió a mirar hacia la casa. El británico estaba comentando con un francés las excelencias corporales de la «negrita» que, como todos había sido rechazada, y aprovechaba para sugerir de nuevo la conveniencia de seguirla. Al parecer, él había cometido la torpeza de despedir su taxi, y buscaba alguien con las mismas ideas persecutorias. Sólo que cuando encontró a alguien, el taxi de la muchacha ya debía estar en la ciudad.

Muntyan regresó al suyo, y dijo:

—Volvamos.

—Muy bien, señor.

—¿Ha visto usted a esa muchacha que ha llegado hace poco?

—¡Cómo no había de verla...! —el negro puso los ojos en blanco.

—¿Conoce al taxista que la ha traído?

—Oh, sí.

—Lléveme al Royal.

—Sí, señor.

Minutos más tarde, el taxi se detenía frente al hotel de Muntyan. Este sacó un fajo de billetes americanos, separó uno de veinte dólares, y lo tendió al taxista, diciendo:

—¿Le gustaría ganarse otros dos como éste por una cosa muy fácil? Me parece que sí —sonrió al ver la expresión del chófer—. Bueno, lo que tiene que hacer es buscar a su amigo del otro taxi, el de la muchacha, ya sabe. Le pregunta dónde la ha dejado y me llama por teléfono, para decírmelo. Yo estaré tomando un trago en el bar del hotel. Pregunte por el señor Potkin. ¿Está de acuerdo?

—Sí, señor. ¿Cuándo me dará el dinero?

—Ahora dijo Muntyan, tendiéndole los dos billetes.

Se apeó y se dirigió hacia el hotel.

Cuarenta minutos más tarde, cuando estaba tomando un refresco de piña en el bar, se produjo la llamada para el señor Potkin. Este fue a recepción, y tomó el auricular.

—Soy Potkin.

—De acuerdo. Muchas gracias.

CAPITULO III

La muchacha apareció en el vestíbulo del Hotel Bate a la hora de la cena, procedente de su habitación en uno de los pisos, donde, entre otras cosas imposibles de saber, se había cambiado de vestido. Ahora llevaba uno más ceñido, rojo, tan rojo que parecía querer convertirse en negro. Sus cabellos, negros, ondulados suavemente, parecían adquirir aquella extraña coloración del vestido.

El silencio se hizo en el vestíbulo. Un silencio tan denso que Muntyan Potkin pensó que todos debían estar oyendo los latidos de su corazón. Se alzó de la butaca que había estado ocupando, y se dirigió como flotando hacia la muchacha, que tras entregar la llave en la conserjería se encaminaba hacia el comedor.

Ella le vio entonces, caminando pausadamente a su encuentro. Le miró sólo un instante, y eso fue todo. Muntyan convergió con ella muy cerca de la puerta del comedor, y ella volvió a mirarle entonces. Había tal belleza en sus ojos que Muntyan se sintió sobrecogido.

—Perdone — murmuró en inglés—, ¿en qué idioma podríamos hablar?

Ella se detuvo, escrutó sus claros ojos y dijo:

—Entiendo bien el inglés. ¿Nos conocemos?

—Usted a mí no. Soy Muntyan Potkin.

—Muy bien, ¿Qué desea usted, señor Potkin?

—Ya se lo he dicho: hablar con usted,

—¿Sobre qué?

—Sobre nada en especial. Simplemente, hablar.

—Me temo que no comprendo.

—Bueno, es muy sencillo, en realidad. Me gustaría saber cosas de usted y contarle cosas mías, conocernos bien, cosas así.

—¿Está bromeando?

—No.

La muchacha parecía desconcertada. De pronto, soltó una carcajada que estremeció todos los huesos de Muntyan.

—¡Es lo más sorprendente que me ha ocurrido en la vida!

—exclamó ella—. ¿De verdad está hablando en serio?

—Absolutamente en serio. Me he enamorado de usted.

—¡Oh, vaya...! —dejó de sonreír ella—. Entiendo. Sea tan amable de dejarme en paz, señor Potkin.

—No puedo. La amo.

—Ya he oído eso muchas veces anteriormente, y sé lo que significa. Oiga, no sea absurdo, ¿quiere? No tengo ganas de

complicar las cosas en este lugar. Búsquese otra, ¿me explico?

—Sí. Y la comprendo. Pero no es lo que usted imagina.

—¿Qué es lo que yo imagino?

—Que pretendo acostarme con usted.

—¿Y no es así? —se impacientó la muchacha.

—Ya lo creo que sí, pero...

—Señor Potkin —le interrumpió ella— no me gustan los escándalos, pero si no deja de molestarme voy a organizar uno que no olvidará usted en su vida. Adiós.

La muchacha entró en el comedor, dejando plantado a Muntyan. Una hora más tarde, ella salió del comedor, echó un vistazo al vestíbulo, y constató la ausencia del señor Muntyan Potkin. Al parecer, había sido un amor efímero.

Pero no. No, porque cuando la muchacha salió del hotel lo vio ante ella, en el porche, inmóvil como una estatua, apoyado por un hombro en una de las blancas columnas cuadradas y con los brazos cruzados sobre el pecho. Por un momento, pareció que la muchacha fuese a dar media vuelta y entrar de nuevo en el hotel, pero una expresión de rebeldía apareció en sus ojos, y caminó hacia la ventana.

Muntyan Potkin se colocó a su lado.

—Espero que haya cenado a su gusto —dijo el ruso.

—¿Piensa usted permanecer a mi lado? —preguntó ella.

—Siempre que me sea posible.

—Espléndido. Me dirijo a la Prefectura, a presentar una denuncia contra usted. Y le diré una cosa: aquí, el hecho de que usted sea blanco y yo negra no le va a proteger ni pizca. Usted me está *molestando*, señor Potkin.

—No es ésa mi intención.

—Ya sé; su intención es acostarse conmigo.

—Sí, pero sólo cuando usted también lo desee, cuando también me ame. Mire, es lógico que desee hacer eso, porque usted es bellísima, y yo soy una persona normal. Cualquier hombre lo desearía, ¿no es cierto? La diferencia entre cualquier hombre y yo está en que yo la amo.

—De acuerdo —suspiró ella— Gracias por ello, señor Potkin. Pero sucede que yo no le amo a usted.

—Bueno, quizá lo haga cuando me conozca mejor, y comprenda que no soy ningún cretino buscafaldas. Si quisiera una aventura de esa clase sólo tendría que chascar dos dedos. Precisamente, en Nassau, hace unos días, tuve una aventura de esa clase. Era una chica inglesa preciosa, rubia. Estuvimos algunos días acostándonos juntos. Se pasaba bien. Pero lo de usted es diferente. Nada más verla esta tarde en el chalé de Vuvu

Claudine sentí que había estado perdiendo el tiempo de mi vida.
¿Me comprende?

Ella se había detenido y le contemplaba con una fijeza extraña.

—Vamos, que hasta se casaría usted conmigo.

—Ahora mismo. Y para toda la vida.

Cuando menos, es usted original —sonrió ella—. Los demás me ofrecen el mundo, pero no su persona. ¿Estaba usted en el grupo que aguarda ante la casa de Claudine? ¿Y qué buscaba allí?

—Soy periodista.

—Oh, claro.

—¿Quizá usted también lo es?

—Quizá.

—¿Quiere que demos un paseo? Hace una noche muy hermosa, y el ambiente es muy grato y exótico... Bueno, a usted no debe parecérselo, claro. ¿Es de aquí?

—No. No de la Martinica.

—¿De dónde?

—De otro sitio —rió ella—, ¿Qué importa eso?

—A mí, nada —sonrió Muntyan—. Es por seguir conversando. Yo nací en Moscú, hace treinta y dos años. ¿Conoce Moscú?

—No.

—Algún día iremos allí.

—¿Iremos? ¿Quiénes?

—Usted y yo. Me parece que tendré problemas por eso, pero no me importa. Simplemente, me marcharé de Rusia.

—Conmigo, claro —rió la muchacha.

—Claro. ¿Puedo tomarte del brazo? Se camina con más comodidad.

Ella no dijo nada, y Muntyan la tomó del brazo. Sí, su piel era como auténtica seda. Los dedos del ruso la acariciaron sin disimulo alguno, y cuando ella le miró, sonrió de nuevo.

—Espero que te parezca natural que te acaricie.

—Ya lo creo. Es lo que todos quieren.

—Tienes que ser comprensiva al respecto. Amándote o no, es normal que los hombres te deseen... ¿Cómo te llamas?

—Violet. Violet Marigot.

—Violet... Me gusta mucho. Violeta. En cambio, Muntyan no significa nada. Sólo Muntyan. ¿Prefieres ir a algún sitio a tomar algo, o te parece bien que demos un paseo?

—A decir verdad estoy tan aturdida que no sé ni lo que quiero —la muchacha sacudió la cabeza—. De verdad, no comprendo nada de lo que está pasando.

—Ya te irás adaptando.

—Claro, claro —ella rió quedamente— ¡Te advierto que no

tengo la menor intención de irme a vivir a Moscú!

—No será necesario. Yo me quedaré por aquí. Donde tú quieras. Me da lo mismo un sitio que otro del Caribe. Es sorprendente lo que me ocurre en cuanto veo playas y cocoteros, y el sol cegador... Es como si siempre hubiera estado viviendo en sitios como éste con el pensamiento. No sé si me comprendes.

—Un poco.

—Y en cuanto te vi a ti, me dije: claro, así tenía que ser, el Caribe y ella. Sobre todo, ella Así que. Muntyan, has llegado a tu destino. Se terminaron las ensoñaciones de playas rutilantes, ya estás aquí, éste es tu sitio. De modo que me voy a quedar. Bueno, después de dar la vuelta al mundo a fin de terminar un trabajo que tengo comprometido con mi editor. ¿Te gustaría acompañarme en ese viaje?

—Bueno, ya está bien, ¿no? —pareció enojarse Violet—, ¿Qué clase de juego es éste?

—Ningún juego. Maravillosa realidad. Y es curioso que me haya enamorado de ti, porque hasta ahora creía que las muchachas rusas, tan blancas, eran las mejores del mundo. Desde luego, son mejores que las inglesas.

—Pero no mejor que yo.

—Simplemente, sois diferentes. Te prefiero a ti. Bueno, respecto al viaje...

—Muntyan, si continuas por ese camino acabaré por enfadarme. De modo que vamos a hablar en serio: ¿qué es lo que quieres de mí? ¿Algo relacionado con *Vuvu Claudine*?

—Claro que no. ¿Qué puedes decirme tú de Claudine que yo no sepa ya? Vi cómo te negaban la entrada, igual que a todos, así que en ese aspecto no me interesas, de veras.

—¿Y si Claudine me recibiera mañana?

—Mejor para ti.

—Pues me recibirá.

—Muy bien. Respecto al viaje que...

—¿En serio no te interesa eso?

—Bueno, sí, pero no aprovechándome de ti. Ya te he dicho que soy periodista, así que me interesa.

—¿Y qué me dices de los témpanos? ¿Crees que los ha... creado *Vuvu Claudine*?

—Qué tontería, claro que no. Ni creo que nadie acepte eso.

—¿Eso crees? Pues entérate de que hay miles y miles de personas en el Caribe, y lejos del Caribe, que sí lo aceptan.

—Supongo que te refieres a los adeptos del vudú. Pero yo no soy adepto al vudú, ni tengo la intención de serlo...

—Lástima —dijo suavemente Viole— porque en ese caso,

definitivamente, no podrás quedarte conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también soy una hechicera vudú.

Muntyan Potkin se detuvo, sujetando con fuerza el brazo de Violet, a la que hizo girar suavemente para enfrentarla a su mirada directa. Estuvo unos segundos contemplando los grandes ojos de la muchacha, y por fin sonrió.

—No es cierto —dijo.

—Puedes convencerte mañana viniendo conmigo a ver a Claudine. Y no te sorprenda que te lleve conmigo con tanta facilidad: quiero que te convenzas de lo que soy, y que dejemos de hacer el tonto con eso del amor. Tengo muchas cosas que hacer y pensar en estos días, y tu insistencia... amatoria, por otro lado falsa, me perturbaría. De modo que ven conmigo mañana, convéncete... y déjame en paz. ¿De acuerdo? No quisiera tener que lastimarte.

—¿Lastimarme? ¿Qué quieres decir?

—Será mejor que no lo sepas. No te metas con el vudú, olvida todo esto. Márchate. Y ahora que ya hemos aclarado la situación, podemos seguir paseando, si lo deseas. No obstante, espero que mañana, después de que me hayas visto con *Vuvu* Claudine, decidirás no acercarte a mí nunca más. Y no me digas que prefieres no venir, porque no te creería. Esto es lo que buscabas de mí, ¿no es cierto?

—No, no es cierto. No te he mentado en nada.

—¿En nada? —exclamó ella—. ¡Pues yo diría que en todo! ¡Ni siquiera creo que seas ruso!

Muntyan alzó las cejas. Acto seguido, de un bolsillo interior sacó su pasaporte, que tendió a Violet. La irritación de ésta se tornó en desconcierto. Tomó el pasaporte, lo abrió, y lo examinó atentamente; pese a lo cual, al devolverlo dijo;

—No entiendo nada de todo esto. A ver. habla un poco en ruso.

—¿Entiendes el ruso? —rió Muntyan.

—Claro que no, pero me gustaría ver qué payasadas haces para convencerme de que estás hablando en ruso. Di algo, cualquier cosa.

—No voy a decir cualquier cosa —dijo Muntyan, en ruso, mientras se guardaba el pasaporte—, sino algo que nunca he dicho en ruso con la sinceridad de ahora: te amo. Y cuando me vaya de aquí a terminar mi trabajo vendrás conmigo, y finalmente, regresaremos aquí tú y yo para siempre. Te amo, Violet.

Eso fue todo. Ella, que le contemplaba muy fijamente, preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Que te amo —rió él, tomándola de nuevo del brazo—. ¿Te importaría que buscásemos un sitio donde pudiera comer aunque sólo sea un bocadillo? No he cenado esperándote, ¿sabes?

—Voy a decirte dos cosas, Muntyan Potkin. Una: no me ames, porque es inútil, yo no puedo amar. Dos: si te estás burlando de mí te arrepentirás.

—¿Y por qué no puedes amar?

—¿Porque no puedo, eso es todo!

—Claro que puedes. Y yo te enseñaré cómo hacerlo.

—¿Acostándote conmigo?

—Entre otras cosas —le acarició él el brazo—. Pero no tengo prisa.

Pues serás el único.

Muntyan iba a contestar cuando vio al británico que había conocido frente a la casa de *Vuvu* Claudine, caminando relativamente cerca de ellos, mirándolos con expresión incrédula. Muntyan sonrió, divertido, y saludó con un movimiento de cabeza. El otro sonrió, se llevó dos dedos a la frente, y luego le guiñó un ojo. Muntyan se echó a reír.

—¿Quién es? —preguntó Violet— ¿Un amigo tuyo, otro ruso?

—No. Es británico. Le conocí esta tarde. Estaba allí cuando fuiste a visitar a Claudine. También es periodista.

—¿Por qué te ha guiñado un ojo?

—Bueno —se echó a reír Muntyan—, supongo que cree que he conseguido lo que deseaban todos los que te vieron. Es un entrometido. Me gustaría que fuésemos a pasear por la avenida del mar. ¿Te parece bien?

Violet encogió los hombros.

Dentro de una hora quiero estar de regreso en el hotel —dijo—. Por lo demás, me da lo mismo una cosa que otra.

—¿Realmente? —sonrió Muntyan.

—Excepto que pretendas llevarme a la cama.

—Entendido. Bueno, puesto que dentro de una hora nos vamos a separar, no vale la pena que pierda el tiempo buscando algo para comer. Ya lo haré luego, cuando nos separemos. ¿Paseamos por la avenida del mar?

Hora y cuarto más tarde se despedían en el pórtico del hotel de Violet, que se dispuso a entrar. Pero Muntyan la retuvo por un brazo, y luego tomó su rostro entre sus manos.

—Violet —susurró—; te amo.

Acercó su boca a la de ella, pero la muchacha se desprendió con un rápido gesto brusco, y entró en el hotel. Muntyan Potkin permaneció allí unos segundos, como clavado al suelo, antes de

dar la vuelta y comenzar a alejarse.

Otra hora más tarde, era él quien entraba en su hotel, después de haber cenado frugal y rápidamente. Por rutina, preguntó en conserjería al recoger la llave si había algo para él. No, no había nada.

Subió a su habitación, se desvistió, y se sentó en una mecedora colocada ante la salida a la pequeña terraza florida, encendiendo un cigarrillo.

Muy bien, una hechicera del vudú. ¿Tenía que creerlo? ¿Cómo se podía admitir semejante cosa de una muchacha como Violet? Aunque quizá la cosa no fuese tan grave, después de todo, porque... ¿en qué consista ser una hechicera de vudú? ¿Acaso comían niños crudos? ¿Y qué demonios significaba eso de que no podía amar? ¡Menuda tontería! ¡Todo el mundo puede amar!

O así lo había creído Muntyan hasta entonces.

Y otra cosa: ¿no era él un hombre afortunado? Todo el mundo quería entrevistar a *Vuvu* Claudine, sin conseguirlo. Y él, en cambio, iba a conseguirlo fácilmente, yendo allá en compañía de Violet, que estaba segura de ser recibida por *Vuvu*.

«Sí pensó debo de ser un hombre afortunado. En el día de hoy se ha decidido el resto de mi vida: haré el trabajo y quedaré libre, terminaré mi otro trabajo, y me iré con Violet. Y finalmente, regresaré aquí, al lugar que he elegido, con la mujer que he elegido. ¡Ya lo creo que soy un hombre afortunado!»

Cuando se durmió todavía pensaba en Violet Marigot, cada vez más intensamente. Y el buen Muntyan incluso tuvo ciertos remordimientos al pensar que se iba a aprovechar de ella para conseguir hablar con *Vuvu* Claudine.

Si por separado cada uno de ellos era llamativo, Muntyan tan alto y tan rubio, y Violet tan espléndida y tan negra, juntos era absolutamente inevitable que causaran la admiración. Eran como la noche y el día, pero ambos igualmente impresionantes.

Cuando se apearon del taxi que les había llevado a la casa de *Vuvu* Claudine se hizo el silencio en el numeroso grupo de personas que esperaban su oportunidad. Como ajenos a todo, se dirigieron ambos hacia las verjas, y Violet tiró de la cadenita. La misma negra de la tarde anterior salió de la casa, con el mismo pañuelo en la cabeza. Ahora, por detrás de ellos, Muntyan oía un rumor de voces. Volvió la cabeza, y al primero que vio fue al pecoso británico, que le devolvió una mirada fija y seria, incluso un tanto hostil, le pareció a Muntyan. Se limitó a sonreír y encoger los hombros. No era cuenta suya que el británico estuviese molesto.

La negra llegó a las verjas, y las abrió, sin decir palabra. En seguida, tras Muntyan y Violet sonó un coro de protestas, y algunas personas se acercaron, pero la negra cerró las verjas en seguida, y señaló la casa.

—Claudine la está esperando —dijo; miró a Muntyan—, Pero a usted sola.

—El vendrá conmigo —aseguró Violet.

Tomó de una mano a Muntyan, y echó a andar hacia la casa. Cuando entraron en ésta quedaron por un momento como a oscuras. Todas las persianas estaban casi completamente cerradas, y hacía fresco allí dentro. Muntyan fue a decir algo, pero ella lo adivinó, y murmuró:

—No digas nada. Sólo mira y escucha.

La negra obesa los dejó solos. Reapareció al minuto, y los condujo por un corto pasillo, hasta la puerta de una habitación asimismo en penumbra. Señaló hacia dentro y se alejó. Muntyan y Violet entraron, todavía tomados de la mano, pero ella le soltó en seguida.

—¿Quién es él? —sonó la voz en francés antillano.

Muntyan apenas pudo contener un respingo. Le había parecido que no había nadie en aquella habitación amueblada como una sala, pero ahora, guiado por la voz, bajó la mirada, y vio a *Vuvu* Claudine sentada sobre una alfombra con las piernas cruzadas. Era absurdo que no la hubiese visto, porque llevaba un amplio vestido completamente blanco, y sus también blancos cabellos destacaban en la penumbra.

—Un hombre que me está molestando —dijo Violet, en un

francés perfecto—. Quiero que vea y oiga y se aleje de mí.

—Sentaos —autorizó *Vuvu*.

Lo hicieron a la vez, procurando Muntyan colocarse de modo que pudiera ver lo mejor posible el rostro de la hechicera vudú. Lo consiguió lo suficiente para sentirse impresionado. Las fotografías de ella que habían aparecido en los periódicos eran buenas, sin duda, pero no reflejaban la auténtica energía interior de aquella mujer, ni el intenso fulgor de sus pequeños ojos negros.

Una huesuda mano de *Vuvu* señaló la alfombra, y Muntyan miró. Sólo vio lo que le parecieron unas pequeñas ramas. Muy pequeñas. Pero no, no eran ramas... Había siete u ocho, y estaban formando un pequeño montón, cruzándose.

—Cuando vuelvas a ver a Mabanga —dijo *Vuvu*— agrádecele en mi nombre su obsequio.

—Así lo haré —asintió Violet.

—¿Qué es eso? —preguntó Muntyan.

—Huesos de pollo dijo Violet.

—¿Qué...?

—Cállate.

Vuvu Claudine tomó los huesos de pollo, como acariciándolos exquisitamente, y de pronto, los dejó caer sobre la alfombra de nuevo. Repitió la operación tres veces más. Violet no se movía, parecía de piedra, pero Muntyan iba mirando de los huesos a *Vuvu* y viceversa.

—La magia de Mabanga es grande —susurró *Vuvu*—. Y la tuya también. Pero tú no estás en el camino correcto del vudú.

—Sólo hay un vudú —dijo Violet—, pero yo lo interpreto a mi manera; yo estoy aceptando las cosas nuevas y adquiriendo nuevos poderes.

—Dime qué nuevos poderes son éstos.

—Puedo crear el fuego, y puedo leer tus pensamientos.

—Hazlo.

—No he venido aquí a hacer demostraciones. Lo que quiero...

—Hazlo.

Violet asintió. Inclino la cabeza colocó las manos sobre sus muslos, y permaneció en silencio e inmóvil durante más de tres minutos. Muntyan estaba tan inmóvil como ella, entre aturdido e incrédulo. ¿Crear el fuego? ¿Leer los pensamientos? Bueno, esto último tal vez pudiera conseguirse en mayor o menor grado y según las circunstancias por medio de la telepatía, pero lo de crear fuego...

De pronto, Violet se movió. Juntó las palmas de sus manos, y comenzó a moverlas, frotando una contra otra... De repente las separó, y las extendió hacia el centro del pequeño círculo que

formaban los tres, con las palmas hacia arriba. En la palma de cada mano apareció una pequeña llamarada roja con estrías azuladas. No eran más grandes que las llamas que pudieran producir unas cerillas, pero allí estaban. Duraron cuatro o cinco segundos, y desaparecieron. Muntyan Potkin, que había conseguido no emitir sonido alguno, tragó saliva.

—Ahora —susurró Violet—, tú quieres ver mis manos, pero mis manos son mías. Y también son míos tus pensamientos; estás pensando en la noche del cabrito.

—¿Y qué más pienso? —susurró *Vuvu* Claudine.

—No quieres pensar en nada más. Piensas en la noche del cabrito.

—¿Y ahora?

—En la noche del cabrito. Has cerrado tu mente para mí. Así pues, hablemos.

—Hablemos —asintió *Vuvu*—, ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero saber cómo convertiste el agua del mar en hielo.

—Si tan gran hechicera eres, y además discípula de la reina del vudú en el Caribe, la gran Mabanga, adivínalo.

—Mabanga desea saberlo.

—Ella es la reina, que lo adivine.

—Tú me lo vas a decir, y yo volveré junto a Mabanga para informarla.

—Dile a Mabanga que lo adivine.

—Está causando la ira de Mabanga

—No temo las iras de Mabanga, ni de nadie. Yo soy ahora el vudú. Le dirás a Mabanga que la he respetado hasta ahora, y que la seguiré respetando. Pero le dirás también que yo soy ahora el vudú. Y llévale este obsequio de respuesta de mi parte.

Vuvu Claudine colocó una mano sobre la alfombra, la sacudió enérgicamente, y algo se desprendió de ella. Algo delgado, como un lápiz corriente, pero que se movió en seguida con extraordinaria velocidad formando pequeños círculos y arcos... Muntyan sí respingó ahora al identificar, de pronto, lo que era aquello: una pequeña culebra, que parecía enloquecida, que se movía a una velocidad que el ojo humano no podía seguir.

Pero sí la mano de Violet, que cayó sobre la culebra, ocultándola en el hueco de la palma un instante, para espanto de Muntyan. Sólo un instante, porque la diminuta cabeza apareció, sobresalió... y dos dedos de Violet la asieron entonces, por los lados. Inmediatamente, el delgado cuerpo de la culebra rodeó la muñeca de Violet. Esta apretó con los dedos, y en el acto la culebra se relajó, quedó colgando de ellos como si fuese un trozo de cordel.

—Esta culebra está muerta —dijo Violet—, ¿No tienes nada mejor para Mabanga?

—Eso es todo lo que obsequiaré a Mabanga.

—Acabas de provocar la guerra en el vudú.

Sin más, Violet se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta de la salita. Muntyan estaba petrificado, mirando la pequeña culebra inmóvil ahora sobre la alfombra. Por fin, miró con ojos desorbitados a *Vuvu Claudine*, que le apuntó con un dedo.

—Tú no eres nadie —susurró—: apártate de nuestro camino.

—Ven, Muntyan —dijo Violet.

El ruso se puso en pie, y se apresuró a reunirse con la muchacha, que se encaminó hacia la salida, recorriendo el pasillo en sorprendente silencio que Muntyan no pudo por menos de notar. Violet llevaba zapatos de tacón alto, pero no producían sonido alguno

En el pequeño recibidor estaba la negra obesa, que sin pronunciar una sola palabra abrió la puerta. Salieron los tres. En el porche, los zapatos de Violet sí sonaron normalmente. Muntyan se pasó una mano por la frente, y notó la humedad de la fina transpiración. Estaba demasiado aturdido para pensar en aquel momento la oportunidad que estaba desaprovechando de sonsacar a *Vuvu Claudine* respecto a los témpanos.

Pero en realidad, ¿qué podría sonsacar él a *Vuvu* que no hubiera querido saber Violet? Y si a ella le había negado toda respuesta, más se la negaría a él. ¡Y le había dicho que no era nadie...!

La verja se cerró tras ellos, que quedaron frente a la pequeña multitud, de nuevo silenciosa y perceptiblemente hostil.

El británico apareció de pronto ante ellos.

—Bueno, ruso —murmuró—, ¿qué ha ocurrido? Aquí casi todos somos colegas, y creo que debería usted...

—¿Y usted quién es? —le interrumpió Violet.

—Cyril Fowler, del *Midland*, de Manchester.

—¿Manchester, Inglaterra?

—Claro. Estaba...

—¿No está usted muy lejos de su casa, señor Fowler?

—Estaba en Puerto Rico cuando ocurrió esto, y naturalmente vine a ver qué sacaba en claro. Pregunta por pregunta: ¿quién es usted?

—Oiga, Fowler —gruñó Muntyan—, no sea impertinente, ¿de acuerdo? No tiene ningún derecho a molestarnos.

—Bueno, no es ésa mi intención, pero desde hace cuatro días nadie conseguía ser recibido por *Vuvu Claudine* y a ustedes sí les ha recibido. A todos nos gustaría saber qué se ha hablado ahí dentro.

—¿Sí? Pues se va a quedar con las ganas. ¿Verdad, Violet?

—Desde luego —sonrió la muchacha— Adiós, Muntyan.

—¿Qué...? ¡Nada de adiós! ¡Tú no te separas de mí!

Violet ya se alejaba, en dirección al taxi, que estaba esperando. Pero Muntyan la agarró del brazo, y caminó junto a ella.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —movió la cabeza—. ¡Ha sido todo increíble! ¿Y quién es Mabanga?

Violet no contestó hasta que ambos se detuvieron junto al taxi y ella se hubo desprendido de la mano de él, con cierta brusquedad.

El juego ha terminado, Muntyan. Aléjate de mí. Sobre todo ahora; no te metas en una guerra vudú.

—¡No me vengas con tonterías! ¿Qué significa *exactamente* lo que ha ocurrido ahí dentro?

—Olvidalo. Olvidalo todo, empezando por mí, o lo lamentarás amargamente. Podrías incluso morir. Y no sería inteligente por tu parte arriesgar tu vida por seguir conmigo...

—Voy a decirte una cosa, Violet; si es necesario, daré hasta la última gota de mi sangre por ti, pero quiero saber qué está pasando *de verdad*. Te ayudaré, estaré a tu lado, pero dime *qué está pasando*.

—Ya lo has oído: guerra vudú. Adiós, Muntyan. ¡He dicho adiós! ¡Y no vuelvas a hacer nunca la oferta de tu sangre!

—Escucha, Violet...

—¿Quieres hacerme un favor, Muntyan?

—Desde luego. Todos los que desees.

—Uno solo; vete de Martinica.

Dicho esto, Violet se metió en el taxi, cerró rápidamente la portezuela, y ordenó al conductor que partiera en el acto. Muntyan Potkin quedó como clavado al suelo, mirando alejarse el taxi. Sólo reaccionó cuando, una vez más, la voz del británico sonó a su lado.

—Escuche, seamos razonables. Ambos somos...

—Escuche usted, Fowler, ¿quiere que le parta la cara?

Un destello frío y furioso pasó como un relámpago por los ojos del británico. Y eso fue todo. No dijo nada más. Adoptó una actitud de reserva, sin dejar de mirar a Muntyan, que soltó un gruñido y se alejó. Caminó muy poco, al recordar la distancia que tendría que recorrer hasta Fort de France. Se volvió, y se dio cuenta de que todos le estaban mirando. Había allí algunos automóviles, un par de taxis, motocicletas, bicicletas... pero sabía que nadie le ofrecería ayuda alguna.

Fruncido el ceño, reanudó la marcha de regreso a la ciudad. Caminaría. Caminar ayuda a pensar.

Pero no caminó ni pensó mucho, porque pronto oyó tras él el

zumbido de una motocicleta. Se colocó a un lado del camino y vio llegar al negro de redonda cabeza, grandes ojos y hombros de atleta. Iba descalzo, y vestía unos viejos pantalones tejanos y una camisa roja apedazada. Había una sonrisa expectante en el rostro del joven negro, cuando detuvo la moto ante Muntyan.

—¿Necesita ayuda, señor Potkin? —ofreció.

—¿Cómo sabe quién soy? —frunció el ceño el ruso.

—Me lo dijeron dos amigos de usted que conoció en Nassau. Supongo que me comprende.

—¿Trabaja usted para ellos?

—Para la KGB — asintió el atleta negro—. Soy una pieza de poca importancia, lo que se llama un residente. Quiero decir que vivo aquí, así que es poco probable que se fijen en mí ni me molesten. Eso aparte, no soy precisamente un agente importante, como usted.

—¿Como yo? Amigo, tiene usted buena vista, de veras.

—Su ironía no está justificada. Tengo buena vista, en efecto.

—Pues conmigo ha metido la pata hasta el pescuezo.

—Como quiera. Tengo medios para comunicarme con sus dos amigos de Nassau. ¿Les digo algo de su parte? Quiero decir algo de lo que usted haya averiguado con *Vuvu* Claudine, ya sabe.

—No he averiguado nada.

—Pero tal vez haya obtenido conclusiones, ¿no? Ya sabe a qué me refiero, a eso de si *Vuvu* ha podido o no ha podido convertir el agua en hielo.

Muntyan Potkin abrió la boca, mientras en su rostro aparecía un gesto sarcástico... Pero se quedó así, con la boca abierta. De pronto frunció el ceño. Recordó las llamas en las manos de Violet, los huesos de pollo, la culebra, la conversación entre *Vuvu* y Violet...

—No lo sé —murmuró.

El negro le miró con súbito y auténtico interés.

—¿Significa eso que quizá podría admitirlo?

—Mi mente rechaza esa posibilidad. Pero he visto... cosas extrañas, en esa casa.

—¿Qué ha visto y oído?

Muntyan vaciló, pero finalmente optó por explicarlo todo al colaborador de Vladimir y León, el cual le escuchó en silencio. Cuando la explicación terminó el negro susurró:

—¿Quiere un buen consejo, señor Potkin?

—No.

—Márchese de la Martinica.

—Le he dicho que no quiero ningún consejo.

—Pero yo se lo doy; márchese, hágame caso. Mire, si esto va a ser una guerra vudú es de locos entrometerse. Y si usted prefiere creer que lo de los témpanos tiene otra explicación y desea seguir

investigando, haga que le envíen ayuda. Mucha ayuda.

—Tengo que hacerlo solo.

—Bueno, en ese caso no me venga con el cuento de que usted no es uno de esos agentes especiales de la KGB, un hombre superentrenado.

—No lo soy.

—Entonces, está loco. Bien, ¿le llevo a la ciudad?

—Sí. Al Hotel Bale.

* * *

El taxi se detuvo frente al hotel, y Violet pagó el servicio y se apeó. Apenas un minuto más tarde entraba en su habitación, y comenzaba a recoger sus cosas rápidamente. Lo mejor sería que Violet Marigot desapareciera de escena, pues se había hecho ver demasiado. Además, ya sabía...

Sonó la llamada en la puerta de la habitación.

—Oh, no —protestó Violet—, no puede ser tan terco...

Se dirigió hacia la puerta con gesto resuelto, y la abrió de un tirón brusco, diciendo:

—Muntyan, tienes que...

Ya no dijo nada más. No era Muntyan Potkin. Eran dos hombres de raza blanca, vestidos con un traje ligero, corriente, y ambos tocados con sombrero de paja de cierta elegancia.

—¿Muntyan? —alzó uno de ellos las cejas—. ¿A quién se refiere? ¿Al hombre que le acompañó a casa de Vuvu Claudine? ¿Es ruso?

Violet parecía haber quedado petrificada. El que había hecho las preguntas frunció el ceño, puso la palma de su mano izquierda sobre los senos de Violet y empujó sin brusquedad pero con firmeza. El otro entró tras él, cerró la puerta y vio sobre la cama la maleta abierta y a medio llenar.

—¿Se iba usted? —preguntó— ¿Se marcha del hotel a otro, o pensaba marcharse de la ciudad, de la isla tal vez?

—Además de negra es muda —dijo el otro que mantenía su mano sobre los pechos de Violet— Pero no. no es muda porque antes habló. Bueno, negrita; ¿es ruso el tipo que te acompañaba?

Violet aspiró profundamente y dijo:

—Quíteme la mano de encima, cerdo

El hombre ladeó la cabeza, y en sus ojos apareció un destello de furia. De pronto, sonrió, retiró la mano, la cerró, y descargó un tremendo puñetazo en el vientre de Violet, que emitió un gemido, retrocedió encogiéndose, y finalmente cayó de costado al suelo. El hombre se acuclilló rápidamente junto a ella, sacó una pistola

provista de silenciador, y colocó la boca de éste en la sien izquierda de Violet, mientras con la otra mano la sujetaba rudamente por los cabellos.

—Te voy a decir una cosa, negrita —mordió las palabras el sujeto—; no sólo te pondré encima la mano, sino lo que me dé la gana. ¿Comprendes? Incluso quizá me ponga encima yo mismo.

—Déjate de tonterías —dijo el otro—, no hemos venido aquí a eso.

—Pero la idea es buena, ¿no crees? —sonrió el de la pistola—. Y para ponerla en práctica todo lo que tenemos que hacer es llevárnosla. Y ahora dime, negrita: ¿prefieres venir con nosotros... o quedarte aquí tiesa y dura como un témpano?

Se echó a reír, con sonido gutural y bajo. Violet le miraba los ojos fijamente, sin intentar siquiera moverse, sin hacer lo más mínimo por liberarse de tan forzada incómoda postura. El otro se acercó, asió de un brazo a Violet y la puso en pie de un tirón, arrancándola de las manos de su amigote.

—Sé razonable —aconsejó—. Sólo queremos saber quién eres tú, y también tu amigo.

—Me llamo Violet Marigot —susurró ésta—. El es Muntyan Potkin, un periodista ruso.

—Un periodista, ¿eh? Ya, ya. ¿Tú también eres periodista?

—No... No.

—Muy bien. ¿Qué eres?

—Soy una hechicera de vudú, como Claudine.

—¡Huy, qué miedo! —rió de nuevo el más agresivo—. ¿Verdad, Jan?

—Conque una hechicera —le ignoró Jan—, Está bien, ¿qué fuiste a hablar con *Vuvu*?

—Fui a exigirle explicaciones respecto a los témpanos de hielo.

—¿Exigirle? ¿Con qué derecho?

—Ella no ha podido hacer eso... y si lo ha hecho yo quiero saber cómo. Pero sé que no ha podido hacerlo.

—Pues tienes muy poca fe en vuestras brujerías. ¿Quién te envió?

—¿Enviarme? Nadie. Ya le he dicho que también soy hechicera de vudú, y que quiero saber qué está haciendo Claudine... y por qué.

—¿Eso es todo?

—Sí, todo.

Jan se quedó mirándola especulativamente. Por fin, asintió con un gesto, y señaló la maleta.

—Termina de recoger tus cosas. Vas a venir con nosotros, porque no quiero seguir conversando aquí. Tu amigo ruso podría

decidir venir, y a ser posible no queremos más complicaciones. De modo que haz lo que te decimos, o vas a quedarte aquí muerta. ¿Lo has comprendido?

—Sí.

—Pues venga, espabila, ¡muévete! Y cuidado con las tonterías que haces al salir de aquí en nuestra amable compañía. Doriot, echa un vistazo por ahí fuera, no sea que alguien pretenda darnos una sorpresa.

Muntyan se estaba despidiendo de Jules cuando vio aparecer la sorpresa en el rostro de éste. Hizo intención de volverse, pero el negro exclamó:

—¡No se vuelva!

—¿Qué ocurre?

—Su amiga Violet acaba de salir del hotel con dos hombres blancos. Y tengo la impresión de que no se siente muy feliz. ¡No se vuelva, le digo! Si no le ven por aquí tanto mejor.

Conteniendo sus deseos de volverse, Muntyan se colocó sin embargo de modo que pudo mirar hacia el hotel utilizando el espejo retrovisor de la motocicleta, que sobresalía por encima del manillar montado sobre la barra de acero. Todo lo que llegó a ver, tras algunas maniobras y torsiones de cuello, fue a Violet entrando en un coche, y detrás de ella a uno de los hombres.

—Me parece —dijo Jules—, que a la señorita Marigot se le han complicado las cosas.

—¿Conoce a esos dos hombres? —murmuró Muntyan.

—No personalmente, pero conozco el tipo.

—¿Qué quiere decir?

Jules miró a Muntyan entre curioso y preocupado.

—¿De verdad no entiende lo que quiero decir?

—Claro que no —masculló Muntyan, viendo cómo el coche comenzaba a alejarse.

—Bueno, pues se lo diré; no daría un céntimo por la vida de esa muchacha, sea o no sea sacerdotisa vudú. Esos tip...

—Baje de la moto — le interrumpió Muntyan, con voz tensa —. ¡Me la voy a llevar!

—¡No sea absurdo! Si usted no es un ag...

—¡Baje o le obligo yo a bajar!

Jules le miró un instante con incredulidad, pero se apeó de la moto.

—¿Tiene usted armas? —preguntó.

—No —replicó Muntyan, colocándose en el sillín

—Escuche, señor Potkin...

La moto, que había estado al ralentí, emitió un bramido, y saltó como un caballo enloquecido. Jules retrocedió un salto, llevándose las manos a la cabeza. Un instante más tarde comprendía que en aquel sentido no debía preocuparse: en cuanto a la motocicleta, estaba claro que el señor Potkin sabía manejarla. ¡Vaya si sabía! En cuestión de segundos lo vio desaparecer en pos del automóvil, todavía con las manos en la cabeza.

—Está loco —se reafirmó en su opinión—. ¡Completamente loco!

Aunque no demasiado. En aquellos momentos Muntyan veía de nuevo el coche, y comprendía que lo último que convenía era que los ocupantes de éste le viesan a él. De modo que decidió concederles una prudente ventaja. Su mente estaba funcionando de modo no poco razonable. Uno: si aquellos dos hombres, como había dicho Ju'es, no eran amigos de Violet, podían ponerse nerviosos en perjuicio' de ésta si le veían. Dos: si Jules se había equivocado, y eran amigos de ella, él quería saber adónde iba y con qué fin.

Decidió mantener la distancia, convencido de que lo estaba haciendo muy bien, y que no se daban cuenta de su persecución.

* * *

—¿Sigues detrás nuestro? —preguntó Jan, al volante.

—Claro que sí. Pero esto ya ha durado demasiado. Para. Y ocúpate tú de la negrita. Yo voy a cargarme también a ese ruso.

Violet parpadeó, y por un instante miró los ojos de Doriot. Jan detuvo el coche, y se volvió en el asiento, apuntando al pecho de Violet con su pistola, relevando de esta ocupación a Doriot, que saltaba ya del vehículo.

—Estate quieta y callada — ordenó—. Le vamos a dar una lección a tu amigo ruso.

—¿Qué ha querido decir su amigo con eso de *también* a ese ruso?

—Cierra la boca, ¿de acuerdo?

Afuera, Doriot se había salido rápidamente del camino por el que habían metido el coche hacía un par de minutos, precisamente para resolver en aquel sitio solitario la persecución de que eran objeto. Todavía estaba buscando un acomodo conveniente para tener a tiro a Muntyan en cuanto éste apareciera, que esto sucedió. El ruso apareció conduciendo con gran habilidad, a poco gas, casi silenciosamente.

«Ahora vas a ver tío listo», pensó Doriot.

Extendió el brazo armado, apuntó a Muntyan un instante, y apretó el gatillo. Sonó el ahogado chasquido del disparo, y, a unos treinta metros, Muntyan saltó espectacularmente de la motocicleta, que cayó de costado rugiendo mientras el ruso iba a caer de cabeza entre unas matas a la derecha del camino.

Dentro del coche, Violet y Jan captaron perfectamente que algo había sucedido ya, tan sólo oyendo el cambio de sonido de la motocicleta, Sonido que duró muy poco, pues el motor se paró.

Todo quedó en silencio.

—Asunto liquidado —dijo Jan, mirando un instante por un lado de Violet hacia el camino—. Doriot ha. .

Respingó cuando Violet, con la mano izquierda, apartó hacia un lado su mano armada. Sin embargo, Jan todavía tuvo tiempo de apretar el gatillo. La bala pasó por el lado izquierdo de Violet, llegó al rincón del fondo del coche, chirrió, se deslizó por la plancha, y fue a meterse detrás del asiento. A todo esto, Jan había recibido en el ojo izquierdo el impacto del puño derecho de Violet. Fue un golpe fuerte y espantoso Jan tuvo la sensación de que su ojo explotaba, y que desde el lugar de la explosión, donde vio un millón de lucecitas, el horroroso dolor se extendía hacia todo su cuerpo como un relámpago. Un relámpago brevísimo, pues Jan perdió el conocimiento en el acto, y su cabeza, tras oscilar hacia atrás, es decir, hacia el volante, arrastraba seguidamente el peso de su cuerpo hacia el asiento contiguo al que ocupaba.

Para entonces, la pistola estaba ya en manos de Violet, que se apeó rápidamente y se apresuró a saltar hacia unas matas.

Todo seguía en silencio... No. No, no. Estaba oyendo ruido de matas agitadas hacia el fondo del camino.

Quien movía las matas era Doriot, que se acercaba al lugar donde había caído Muntyan sin molestarse en regresar primero al camino. Llegó pronto al lugar donde había caído el ruso, que yacía tendido aplastando con su cuerpo un matorral. Tenía la cara llena de sangre, y los ojos abiertos y fijos en el cielo.

—Y van tres —sonrió Doriot— Vamos a ver si éste lleva encima algo que valga la pena saber.

Apartó las últimas matas y se acercó a Muntyan, cuya mirada parecía hipnótica. Doriot había visto una mirada así muchas veces. Bueno, una mirada parecida. .

En el momento en que decidía rematar a Muntyan Potkin éste giró de costado y disparó su pie derecho como si fuese un émbolo. El impacto acertó a Doriot de lleno en los testículos, arrancándole un berrido de dolor empujándolo y doblándolo a la vez, pese a lo cual, y contemplando con ojos desorbitados a Muntyan, disparó contra éste.

La bala se hundió en el matorral mientras Muntyan, colocado ahora de rodillas a un lado, se apoyaba en las puntas de los pies y saltaba de cabeza contra Doriot, que volvió a gritar y a disparar, fallando de nuevo. La cabeza de Muntyan golpeó en el bajo vientre de Doriot, manchándolo profusamente de sangre y derribándolo. En un breve y veloz forcejeo, la mano izquierda de Muntyan alcanzó la muñeca derecha de Doriot, apartándola y

aplastando la mano contra el suelo. El ruso quedó sentado a horcajadas sobre el pecho de Doriot, que vio cernerse sobre él un puño enorme goteando sangre.

No tuvo tiempo de más. El puñetazo de Muntyan le alcanzó de lleno en la barbilla, que crujió siniestramente. Doriot puso los ojos en blanco, y se relajó. Por un instante, Muntyan le contempló con expresión desorbitada, jadeando. Luego miró la pistola, la asió, y se puso en pie, atisbando por encima de los arbustos en dirección adonde debía estar el coche.

No vio nada ni oyó nada.

Se pasó la mano izquierda por aquel lado de la cara, restañando de cualquier manera la sangre que seguía brotando de aquel lado de la frente. Se limpió en el pantalón, miró la pistola, y apretó los labios. Ciertamente, él no era un agente superentrenado, pero sabía manejar muy bien una pistola, aunque no fuese de tiro olímpico. Y si era necesario, sabría matar.

Se deslizó cautelosamente por entre los matorrales, hasta que divisó el automóvil, detenido. No vio a nadie en él. Se pasó la lengua por los labios, respingó al notar el sabor de la sangre, y escupió a un lado. Acto seguido gritó:

—¡Violet!

—¿Qué quieres? —oyó la voz tras él.

El brinco que dio Muntyan Potkin fue de auténtico acróbata. Quedó de frente a Violet, que estaba apenas a tres pasos de él, pistola en mano, apuntándole fijamente al pecho. La contempló con ojos desorbitados.

—¿Estás bien? —gritó.

—Sí. ¿Qué ha pasado?

Muntyan parpadeó. De pronto, lanzó una maldición en ruso, y añadió en francés:

—¡Eso pregunto yo, qué ha pasado!

—Bueno, tranquilízate —sonrió ella—. Ahora vamos a...

Se calló de pronto, y ladeó la cabeza. Luego se llevó un dedo a los labios. Muntyan oyó entonces el motor de un automóvil, que justamente un instante más tarde fue apagado. Miró a Violet, que se acuclilló haciéndole señas para que la imitara. Muntyan lo hizo a su lado, musitando:

—Viene alguien más.

Ella no contestó. Se desplazó un poco, para poder ver el camino. Pero por el camino no apareció nadie. Oyeron rumor de maleza en un lado, luego en otro... Finalmente, la voz masculina:

—¡Eh, ruso! ¿Me oye? ¡Soy Fowler!

Muntyan y Violet cambiaron una mirada.

—Ese maldito entrometido... —susurró Muntyan.

—Dile que salga al camino, junto al coche, sin armas y con las manos bien altas y visibles. Y que tienes la situación controlada.

Sin darle tiempo a objetar nada, Violet se deslizó entre los matorrales. Muntyan siguió sus indicaciones, y a los pocos segundos el británico apareció, mostrando muy visibles las palmas de las manos, por encima de su cabeza, y mirando hacia donde había sonado la voz de Muntyan. Pero desvió en seguida la mirada hacia la derecha, y vio aparecer a Violet en el camino, apuntándole.

—Oiga —dijo Fowler—, tenga cuidado con lo que hace; ¡soy un agente de Su Majestad!

—¿De quién? —preguntó Violet.

—¡Soy un agente secreto británico! Así que dejémonos ya de tonterías, ¿de acuerdo? ¿Dónde está el ruso?

Violet se acercó más al británico, hizo una seña, y Muntyan se dejó ver, provocando no poco sobresalto en Fowler debido a su aspecto.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡Demonios!

—Señor Fowler, ¿ha venido usted solo? —preguntó Violet.

—Sí, sí.

—Bien. Creo que Muntyan ha matado a un hombre. Vayan a buscar su cadáver.

—Oiga, amiguita...

—Oiga usted, señor Fowler; puede que sea un agente de Su Majestad británica, pero yo soy una agente de Su Majestad del Caribe. Mabanga, y no va a darme órdenes ni usted ni su reina. Ni siquiera me fío de usted. ¿Dónde tiene su arma?

—La dejé en...

—Señor Fowler, si no me entrega su arma le voy a meter una bala en el vientre. Pero hágalo muy despacio... por favor.

Cyril Fowler se quedó mirándola fijamente. De pronto se echó a reír y se volvió, alzando el faldón de su chaqueta, y dejando al descubierto la pistola metida en la cintura del pantalón. La retiró con dos dedos, y la mostró en alto.

—Aquí la tiene —dijo—. Venga a por ella.

Violet no contestó. Ni dijo ni hizo nada. Por fin, Fowler soltó un gruñido, y arrojó la pistola hacia unos matorrales al lado del camino. Violet fue a recogerla, y señaló al vigilante Muntyan.

—El es Muntyan Potkin, periodista ruso. Acompáñele.

—Ya, ya, periodista... ¿Y qué más?

—Nada más.

—Oh, claro. ¿Y qué me dice de usted, amiguita?

—Que no soy su amiguita.

—De acuerdo. Es una agente del espionaje francés en el Caribe, eso lo comprende hasta un tonto. Está bien, no vamos a discutir. Por el contrario, creo que deberíamos llegar a un acuerdo los tres. ¿Qué le parece?

—Conferenciaremos sobre ello —señaló Violet el camino.

Un par de minutos más tarde, Doriot era dejado caer a un lado del camino, donde también estaba ahora Jan, todavía desvanecido. Tampoco Doriot había muerto, si bien tenía rota la mandíbula, y comenzaba a dar señales de recuperación.

—No se va a alegrar de volver en sí —aseguró Fowler—, Bueno, no se moleste en decirme lo que tengo que hacer, ¿quiere?

Procedió a atar de pies y manos a Jan y Doriot, utilizando sus propias corbatas y cordones de zapatos y cordeles que encontró en el maletero. Lo que no había en el coche era botiquín, así que Violet tuvo que utilizar la camisa del propio Muntyan para limpiarle la sangre de la cara y las manos. El ruso la observaba en silencio, desnudo de cintura para arriba, sentado de lado en el asiento del coche, de cara afuera. Violet sacó del maletero su maletín de viaje, sacó unas pequeñas gasas y esparadrapo, y efectuó lo mejor que pudo la cura en la brecha que la bala disparada por Doriot había abierto en la frente de Muntyan.

Este preguntó de pronto:

—¿Es cierto que eres una espía francesa?

—No, no es cierto.

—Pues cuando Fowler ha dicho...

—Lo que diga el señor Fowler me tiene sin cuidado. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Pero creo que he hecho el tonto.

—En absoluto. De no haber sido por ti quizá yo ahora estaría muerta. O a punto de morir. ¿No está de acuerdo, señor Fowler?

—No sé —encogió los hombros el británico—. No sé nada de nada. Estoy esperando una explicación, precisamente.

—Empecemos por usted.

—¿Por mí? Bueno, decidí tener un vehículo a mano, y cuando ustedes se fueron de allá yo hice lo mismo. Bueno, seguí a Potkin, claro.

—¿Por qué *claro*?

—Escuche, aquí todos sabemos que hace unos días se cargaron a dos rusos, ¿de acuerdo? Simultáneamente, ocurría toda esa idiotez de los témpanos provocados por el vudú. Y al poco llega Potkin. De modo que no me vengan con tonterías de vudú ni de periodistas. Aquí somos lo que somos, y los tres andamos detrás de lo mismo: el origen de esos témpanos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —gruñó Muntyan—. Pero yo no soy un espía.

—Oiga, Potkin, deje de tocarme las narices, ¿quiere? Y usted también —apuntó de pronto a Violet con un dedo—; ¡no me venga con historias!

—A usted acabaré partiéndole la cara —aseguró Muntyan.

—Mire, ruso, si cree que porque sea un gigantón me asusta ya puede quitárselo de la cabeza. A mí no me asusta ni el demonio. Maldita sea, si quiere que colaboremos, bien, y si no váyase a la mierda y que cada cual siga por su lado. ¿Me explico?

—¿Por qué no demostramos los tres lo listos que somos? —sugirió amablemente Violet—. Tenemos aquí a dos hombres que pueden decirnos cosas más interesantes que las que estoy oyendo. En principio, y en lo que a mí se refiere, querían saber quién soy y qué pinto en esto. Pero ahora se han vuelto las tornas, así que serán ellos los que contesten. ¿Pregunta usted, Fowler?

—De acuerdo —gruñó el británico; se acercó al yacente Doriot, que les contemplaba ahora mortecinamente, y le pegó un puntapié en las costillas—. Tú, matón, ¿por qué os habéis metido con la señorita? ¿Quiénes sois? ¿Quién os paga?

—Es un buen modo de empezar una conversación —rió Violet—. Y el lugar es muy tranquilo, así que nadie nos molestará.

—Hablando de molestias —frunció el ceño Fowler—, ¿saben lo que me tiene más sorprendido de todo esto?

—¿Qué? —preguntó Muntyan.

—Que la CIA no haya dado señales de vida. Sí, me tiene verdaderamente sorprendido —miró a Violet—. ¿A usted no?

—Yo no entiendo de esas cosas, señor Fowler. Aunque usted crea que soy una agente francesa, lo cierto es que...

—Si volvemos a empezar con eso acabaré cabreándome. Pero vamos a lo importante, al trabajo —volvió a golpear con un pie en las costillas a Doriot— Repetiré la pregunta: ¿quiénes sois y para quién estáis trabajando?

Doriot se limitó a mirarlo en silencio. El británico le contemplaba incrédulamente. De pronto, sin más, le descargó un tremendo punterazo en la rota barbilla. Doriot palideció como un muerto, puso los ojos en blanco, y se desvaneció de nuevo.

Cuando despertó se sentía mal, muy mal. Un frío intenso recorría su cuerpo, y al mismo tiempo se sentía empapado en sudor. Lo primero que vio fue a su compañero Jan, tendido junto a él, lívido. Su ojo derecho era simplemente como una nube de sangre, y toda la zona alrededor estaba pavorosamente hinchada y violácea. Doriot se estremeció, y respingó al oír la voz del agente británico.

—Sigamos con la conversación. Ahora que somos más la cosa resultará más entretenida. Vamos a hacer un pequeño repaso de

la situación: nosotros tres tenemos dos coches, una motocicleta, mi pistola, las dos pistolas vuestras... y os tenemos a vosotros. Vosotros no tenéis nada salvo vuestras vidas, y éstas no van a durar mucho si no contestáis a nuestras preguntas, amigos Jan y Doriot. ¿Me he explicado?

—Yo diría que sí —sonrió Violet.

—Pero me parece que ellos no acaban de entenderlo —sonrió el británico—. El amigo Doriot tiene la boca en muy malas condiciones, de modo que preguntaremos al amigo Jan. ¿Me has entendido, Jan?

Este miró al británico, miró a Violet, miró a Muntyan, y de nuevo al británico. No podía ser tan tonto que no comprendiera de verdad su situación.

—¿Qué es lo que quieren saber? —murmuró.

CAPITULO VI

Finalmente, casi diez minutos más tarde, Cyril Fowler pareció satisfecho de la «conversación», encendió un cigarrillo, y miró a Muntyan y a Violet, que le habían cedido la dirección del asunto.

—Bueno, bueno... Parece que sabemos algunas cosas más. ¿Cuál de ustedes dos quiere hacer un resumen de lo aquí conversado?

—¿Puedo hacerlo yo? —saltó Violet—. Esto es apasionante, señor Fowler. Diga usted lo que diga yo nunca he tenido nada que ver con cosas de espías, y me gustaría ver si llegado el momento, como ahora, soy capaz de entender bien todo esto.

—Inténtelo —sonrió aviesamente Fowler.

—Vamos a ver... Por lo que parece, había por aquí dos agentes rusos de la KGB y éstos se fijaron en un hombre residente en la Martinica llamado Alfons Couvier, que dirige una pequeña flota de cargueros que hacen transportes por el Caribe. En determinado momento, los dos rusos vieron a Couvier relacionarse con dos sujetos que tienen un yate con el cual están navegando por estas aguas. Estos dos sujetos contrataron los servicios de uno de los cargueros de la flota de Couvier, cuyo nombre es *Caimán*, y en el cual fueron cargadas unas grandes cajas. Ya cargadas las cajas, el *Caimán* se hizo a la mar y Alfons Couvier y esos dos sujetos se fueron a la casa de Couvier, sita en Allée des Sources, 44. Como ya era de noche, y los dos rusos no podían hacer nada para enterarse de cuál era la carga que transportaba el *Caimán* ni adónde se dirigía éste, optaron por continuar vigilando a Couvier y a los dos sujetos que tienen un yate, de modo que los siguieron a los tres hasta la casa de Couvier. Esta casa está rodeada de un bosquecillo, y los dos rusos aprovecharon esto para acercarse, escondiéndose, con la intención de intentar escuchar alguna conversación o sacar algo en claro. Pero tuvieron mala suerte, ya que Couvier tiene algunos hombres vigilando alrededor de la casa, y los dos rusos fueron capturados, y llevados a presencia de Couvier, dentro de la casa. En la casa, naturalmente, estaban con Couvier los dos hombres del yate. Los dos rusos fueron sometidos a un interrogatorio brutal, hasta que dijeron lo que estaban haciendo por allí, es decir, vigilando a Couvier, y que como consecuencia habían visto su contacto con los dos sujetos del yate y cómo en el *Caimán* eran cargadas las grandes cajas. Esto no le gustó nada a Couvier, el cual preguntó a los rusos si habían informado de esto a alguien. Los dos rusos, astutamente, dijeron que sí, para protegerse, pero Couvier comprendió que no era cierto, que nadie más que los dos rusos sabían nada de eso, por el momento. Y como no quería que nadie más en el futuro lo supiera, decidió matarlos. Entonces, encargó de ello a Jan y Doriot, dos de sus matones de confianza. Podían haber matado a los

dos rusos allí mismo y enterrarlos, pero su desaparición habría ocasionado una búsqueda muy molesta por parte de la KGB, por lo que decidieron evitarla. Y la idea que tuvieron fue sacarlos de la casa vivos, matarlos en cualquier sitio y dejar sus cadáveres bien a la vista. Con esto, pretendían hacer creer que los dos rusos habían tenido un tropiezo profesional, es decir, con agentes de cualquier otro servicio secreto de modo que los rusos buscarían por ese lado, y no a simples particulares, con lo que Couvier podría estar tranquilo. Así que Doriot y Jan se llevaron a los dos rusos a un sitio que les pareció adecuado, los mataron, y dejaron sus cadáveres más o menos a la vista... ¿Me he dejado algo?

Muntyan contemplaba boquiabierto a Violet. Fowler se limitó a sonreír sardónicamente, y acto seguido dijo:

—Yo diría que no, que lo ha hecho bastante bien, por ser la primera vez que se encuentra metida en estas cosas. ¿Qué más se le ocurre?

—Bueno, supongo que sería interesante saber qué contenían las cajas que fueron cargadas en el *Caimán* y quiénes son los dos sujetos del yate que contrataron a Couvier.

—Sí, sería interesante, pero eso no lo saben nuestros amigos Jan y Doriot. Ni siquiera saben el nombre del yate de esos dos sujetos.

—Pero sí debe saberlo Alfons Couvier —deslizó Violet.

—¿Y qué se le ocurre al respecto?

—Pues que si usted desea saber más cosas tendrá que preguntárselas a Couvier.

—O sea, ir a una casa rodeada de bosque... y de hombres armados que fueron capaces de cazar a dos agentes de la KGB.

—Sí —sonrió Violet—, no parece demasiado fácil, claro. Pero un hombre como usted, astuto y hábil, sin duda encontrará el modo de hacerlo, señor Fowler.

—Ya. ¿Y qué dice usted, Potkin?

—No creo que quede mucho por decir —gruñó Muntyan—. Ustedes dos lo han dicho todo.

—Todo, no. Supongo que uno de sus cometidos aquí era enterarse de quién y por qué había matado a sus dos compañeros, y ahora ya lo sabe. Sabe que fueron Doriot y Jan por orden de Alfons Couvier. ¿Qué piensa hacer al respecto?

—En realidad ya no tengo que hacer nada más. Pasaré el informe y me iré de la Martinica.

—¿Está bromeando? Mire, aquí no hay ningún tonto. Los tres sabemos que lo de relacionar a *Vuvu* Claudine con los témpanos es una tontería, pero no lo es relacionarla con Alfons Couvier, que

sin duda la está utilizando como cobertura de distracción para los tontos. En cambio no es ninguna tontería relacionar a Couvier con esos témpanos, los cuales, tal vez, podrían ser relacionados con las cajas que fueron cargadas en el *Caimán*... ¿Qué le parece esto?

—No sé qué decir. Quizá tenga usted razón.

—¿Qué le parece nuestro colega? —gruñó Fowler, mirando a Violet y moviendo la cabeza hacia Muntyan—. ¿Alguna vez vio usted un hombre más ponderado y cauto?

—Me parece que no —murmuró Violet.

—Bueno, aquí estamos perdiendo el tiempo. Quien nos interesa es Couvier. ¿Les parece bien que hagamos un pacto los tres para ver el modo de llegar hasta él y apretarle las clavijas? Y digo los tres, solamente nosotros tres, porque si empezamos a llamar compañeros nuestros a la Martinica esto se va a poner al rojo vivo. Nosotros tres, con astucia, podemos enterarnos de todo lo que convenga. ¿De acuerdo?

—A mí me interesa, aunque no sea espía —dijo Violet—. Fui enviada aquí para saber cómo había conseguido eso de los témpanos *Vuvu* Claudine, y si no ha sido ella me gustaría saber quién ha sido y cómo lo ha hecho.

—Bueno, lo dejaremos así —gruñó Fowler—, ¿Potkin?

—Yo debo informar y marcharme —insistió Muntyan.

—¿Sí? Pues sepa una cosa: si usted pasa ese informe esto se va a llenar de rusos. En cuyo caso, yo avisaría a mi servicio, y esto se llenaría de británicos. En cuyo caso, Violet pasaría su propio informe, y esto se llenaría de agentes franceses. Sume a esto que Couvier tiene una buena cantidad de hombres como Jan y Doriot. y se dará cuenta de que se iba a organizar aquí un follón tremendo con varios muertos por bando. ¿Le parece bien esto?

—No... No.

—Entonces no hay más que hablar —Fowler le tendió a Muntyan una de las pistolas con silenciador de Jan y Doriot—. Tome, termine con esto y larguémonos de aquí.

—¿De qué está hablando? —miró Muntyan la pistola, sin tocarla.

Fowler movió la cabeza hacia Doriot y Jan.

—Líquídelos y vámonos.

—¿Que los mate? —exclamó Muntyan— ¿Yo? ¿A sangre fría?

—Oiga, ya basta, ¿quiere? Estos dos tipos son dos asesinos profesionales, y por si lo ha olvidado tan pronto, le recordaré que son los que mataron a sus dos camaradas. Son carne de horca. De modo que acabemos.

—¡No tengo la menor intención de matar a nadie a sangre fría!

—Como quiera —gruñó Fowler.

Empuñó bien la pistola, apuntó a Jan, y en el momento en que éste, con expresión desorbitada, se disponía a ponerse en pie, le disparó al corazón. Doriot emitió un grito entrecortado mientras palidecía horrorosamente, y consiguió ponerse de rodillas; la bala le alcanzó en la frente y lo derribó de espaldas junto a Jan, cuyo cuerpo efectuaba en aquel instante la última convulsión.

Violet se había vuelto, y caminaba hacia el coche de los recién ejecutados asesinos. Muntyan estaba paralizado de horror cuando Fowler le miró socarronamente.

—Usted... usted es un asesino...

—Su punto de vista es equivocado, y usted lo sabe. Será mejor que regrese a Fort de France. Pasaré a buscarlo a las cinco de la tarde. ¿De acuerdo? Y otra cosa; si le preguntan qué le ha pasado en la cabeza diga simplemente que se ha caído de la moto. Todos lo creerán, y se evitará no pocos problemas. Y cómprese uno de esos sombreros de paja tan simpáticos, porque así parece que venga de la guerra. A las cinco, en su hotel.

—Usted ni siquiera sabe cuál es mi hotel.

—No sea absurdo. Lo sé desde anoche. Llevaré luego allí a su amiga. Chocaría mucho que volviera al suyo después de haberse despedido.

Muntyan miró a Violet, que estaba sacando su equipaje del coche de Jan y Doriot, y se encaminó hacia ella. Fowler arrastró el cadáver de Doriot hacia el coche, y lo metió en el maletero, mirando de reojo a Muntyan, el cual contemplaba a su vez en silencio a Violet. El británico movió la cabeza, y fue en busca del cadáver de Jan.

—No pareces muy impresionada —murmuró Muntyan, de pronto.

—Lo estoy —le miró ella—, pero Fowler tiene razón, a su manera: esos dos hombres eran unos asesinos. Sabes muy bien que querían matarme también a mí. Me habrían violado y matado en este lugar, o en otro parecido.

—De todos modos, no pareces muy alterada.

—He visto cosas mucho peores que ésta, Muntyan.

—Entonces, Fowler tiene razón; eres una espía francesa.

—No, no soy una espía francesa...

—Oigan, déjense de charlas ahora, ¿quieren? —llegó Fowler arrastrando a Jan—, Ya podrán charlar cuando estén juntos en el hotel. Usted, Potkin, lárguese ya, y usted, preciosa, vaya a esperarme a mi coche. Yo voy a esconder el de estos tipos por ahí.

Metió a Jan en el maletero, cerró éste, pasó al volante, y condujo el coche por entre la maleza. Cuando regresó al polvoriento y solitario camino Muntyan se había marchado; y

cuando se sentó ante el volante de su coche Violet estaba allí, fumando pensativamente. Fowler encendió el motor, y miró con cierta simpatía a Violet.

—Tiene usted buenos nervios, ¿eh? Mejores que los de ese ruso que se está haciendo el tonto, según parece.

—Ni se está haciendo el tonto, ni lo es. Usted se está equivocando con él, eso es todo.

—¿Y con usted? —rió el británico.

—Yo soy una sacerdotisa vudú, ya se lo dije, me parece. Y he visto cosas.. que me han inmunizado contra los sobresaltos.

—Ya, ya, claro. ¿Y por qué no me hace una demostración? ¿Por qué no me deleita ahora con una brujería?

—No sea estúpido.

—Tal vez sea un estúpido —admitió Fowler—, pero también es cierto que de los tres yo soy el único sincero. Dígame una cosa: ¿conoce por estos lugares a alguien de la CIA?

—Está usted obsesionado con la CIA. ¿no le parece?

—Simplemente, no puedo comprender por qué no han intervenido en esto, de un modo u otro. Conozco un par de muchachos de la CIA, pero desde lo de los témpanos, tras unas cortas indagaciones, desaparecieron. Y francamente, eso me huele mal. No me extrañaría tropezarme con ellos en cualquier momento.

—Quizá temen que los asesinen, como ocurrió con los dos rusos, y han decidido hacer mutis.

—Quizá —frunció el ceño Fowler—. Sí, quizá. La voy a llevar al hotel de Potkin, ¿de acuerdo?

* * *

Cuando Muntyan terminó la explicación Jules movió con gesto preocupado su redonda cabeza.

—¿Quiere hacerme caso a mí, señor Potkin? Avisemos a los demás. Yo puedo hacerlo muy rápidamente. Y en cuestión de horas tendría usted aquí más ayuda de la que pudiera necesitar.

—Pero eso ocasionaría más muertos, ¿no?

—Probablemente. Pero tenga en cuenta que Alfons Couvier tiene mucho personal contratado, debido a sus negocios de transporte marítimo. Aparte de los que según parece tiene en su villa de Allée des Sources puede reunir no menos de veinte o treinta hombres peligrosos seleccionados entre las tripulaciones de sus barcos. Pretender afrontar todo eso ustedes tres solos es una locura.

—Quizá las cosas puedan solucionarse de modo razonable.

Jules sonrió amistosamente, casi afectuosamente. Estaba sentado en una butaca del cuarto de Muntyan en el «Royal», frente al ruso, que permanecía de pie junto a la cama.

—Señor Potkin, usted es una buena persona —dijo—, y por eso mismo no encaja en este asunto. No se complique la vida metiéndose a salvador de vidas, deje que cada cual haga su trabajo. Usted ya ha hecho el suyo, ¿no es así? Autoríceme a pasar el informe respecto a Alfons Couvier a sus amigos de Nassau y deje que ellos tomen las riendas a partir de ahora. Hágame caso. De lo contrario podría usted salir lastimado. O podría morir.

—Pero si lo hago de otro modo quizá podría ocurrirle algo a ella.

—¿A la hechicera de vudú, esa preciosa Violet Marigot? ¿Y qué?

—La amo.

—¿De veras? Pues más a mi favor. Llévesela de aquí con usted. Aunque si es una hechicera de vudú está usted perdiendo el tiempo con ella.

—¿Por qué?

—Porque ella no podrá amarle. Tabú, señor Potkin.

—¿Y si Fowler tuviese razón, y ella no tuviese nada que ver con el vudú, y fuese una espía del Gobierno francés?

—Ah, eso sería diferente, claro. Pero seguiría usted metido en un lío peligroso, si ella fuese una espía. Oiga, créame, usted no encaja en esto, se mire como se mire. ¿Llamo a sus dos amigos de Nassau?

—No. Por ahora no. Yo le diré cuándo. Adiós, Jules.

El bienintencionado Jules abandonó la habitación, con gesto preocupado, dejando a Muntyan muy pensativo.

Cuando sonó la llamada a la puerta Muntyan Potkin tuvo en el acto la certeza de que era ella. Fue a abrir, y, en efecto, Violet Marigot apareció ante él, contemplándole con expectante sonrisa.

—He pensado que podríamos almorzar juntos, Muntyan.

El ruso la agarró por un brazo, la hizo entrar, y cerró la puerta. Se quedó mirándola fijamente.

—Algunas personas —murmuró— tienen problemas que les ocasionan los demás, no ellos mismos. Por ejemplo, parece ser que una sacerdotisa o lo que sea de vudú no puede amar. Otros, están convencidos de que no pueden amar a personas de raza diferente, por citar otro ejemplo. En ambos casos, esto lo han decidido *otras* personas. Por mi parte, yo sé bien lo que quiero, sin necesidad de que me digan lo que puedo o no puedo hacer. Y yo te quiero a ti. De modo que aclaremos esto: ¿tú puedes o quieres querermme a mí, sí o no?

—No puedo quererte, Muntyan.

—¿Te lo impide el vudú?

—Sí... Sí.

—¿De qué modo? ¿Acaso el vudú puede impedir que sientas como una mujer normal, por decirlo de algún modo? Supongamos... supongamos que estás desnuda ante mí, y que yo te beso, te abrazo, te acaricio... ¿Podría impedir el vudú que sintieras como una mujer?

—Sí —susurró Violet.

Muntyan Potkin estuvo unos segundos mirándola fijamente. Luego, despacio, alzó sus manos y desabotonó la blusa de Violet, que terminó quitándole. Le quitó luego el sujetador, y acto seguido la falda. Titubeó al ver la pequeña braguita negra, pero terminó por deslizarse hacia abajo. Violet permanecía inmóvil como una bellísima estatua, como algo irrealmente hermoso... e insensible. Todo lo que hacía era mirar los ojos de Muntyan Potkin.

Este se inclinó un poco, la besó en los labios, y luego deslizó los suyos por el cuello de la muchacha. Le besó los hombros, la garganta, los pechos, el vientre... Volvió a los pechos, de nuevo a la garganta. La abrazó de pronto, y besó ávidamente la boca de Violet Marigot. Esperaba sentir algo, percibir alguna reacción de ella: un suspiro, un estremecimiento de la piel, un endurecimiento de los pezones... cualquier cosa.

Pero no ocurrió nada. Era como besar una estatua de carne.

Por fin, dejó de abrazarla y besarla, y susurró:

—¿Qué puedo hacer? ¡Dime qué puedo hacer!

—¿No se te ha ocurrido que podrías tenerme a la fuerza, violarme?

—Si fuera solamente eso lo que me interesara de ti... ¿No puedes entenderlo? Te amo. Y tú puedes amar también... ¡Puedes hacerlo, puedes enviar al infierno todas esas consignas y brujerías...! Escucha, dime que no me amas porque no quieres tú, o que no te gusto, cualquier cosa razonable, y no insistiré más. ¡Pero no me digas que no *puedes* amar!

—¿Me permites que me vista, por favor?

Lo apartó suavemente, y procedió a vestirse. Luego se dirigió hacia la puerta, la abrió y se volvió.

—¿Vienes a almorzar?

—¡No!

—Entonces nos veremos a las cinco, cuando Fowler pase a recogernos con su coche. Hasta luego.

Violet Marigot abandonó la habitación, cerrando la puerta. Muntyan se quedó mirando ésta con el ceño fruncido, sintiendo

rugir dentro de sí una tormenta de furia.

Podía hacer dos cosas. Una, buscar a Jules, decirle que avisara a León y Vladimir, y marcharse de la Martinica, dejando el asunto en manos de la KGB. Dos, seguir él con el asunto, no separarse de Violet, y luchar hasta la última gota de sangre para conseguir arrancar a la muchacha de las crueles garras del vudú, llevársela con él, tenerla a su lado para siempre, para siempre, para siempre...

De las dos alternativas, Muntyan Potkin eligió la segunda. Aunque tuviese que enfrentarse a todo el vudú del mundo, él se quedaría con Violet Marigot.

CAPITULO VII

A las cinco en punto Cyril Fowler pasó a recoger a sus dos aliados, que salieron del hotel juntos, pero no acompañándose el uno al otro. El británico esperó a que estuvieran ambos en el coche, Muntyan a su lado y Violet en el asiento de atrás, para preguntar:

—¿Qué les pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Ocupese de sus asuntos —gruñó Muntyan.

El británico miró a Violet, de nuevo a Muntyan, y terminó por sonreír divertido.

—De acuerdo, eso es lo que voy a hacer. Y no crean que he estado perdiendo el tiempo al respecto. Ya tengo un plan —arrancó, alejándose del hotel—. Un plan que no puede fallar.

—¿Qué plan? —preguntó Violet.

—Vamos a cazar a Alfons Couvier.

—¿Quiere decir capturarlo... o matarlo?

—No, no. Matarlo no, caray... No, al menos, antes de que nos haya dicho lo que queremos saber. Es decir, qué cargaron en el *Caimán*, quiénes son los dos tipos del yate y dónde podemos encontrarlos, y qué ha tenido él que ver con los témpanos de hielo. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Pero dígame cómo ha pensado que podemos llegar hasta Couvier.

—No llegaremos hasta él —sonrió Fowler—; él *vendrá* hacia nosotros. Y usted va a jugar en esto un papel muy importante, Violet.

—¿Qué es lo que ha de hacer ella? —saltó Muntyan—. Sea lo que sea, lo puedo hacer yo.

—No creo —Fowler se echó a reír—, ¡No creo, Potkin, no creo! En cuanto a usted y a mí, le aseguro que nuestra parte tampoco va a ser fácil. Pero empecemos por lo que tiene que hacer Violet. Ella irá...

* * *

Alfons Couvier, que había escuchado en silencio la explicación de la hermosa muchacha negra, asintió con un gesto cuando comprendió que ella había terminado. Couvier era alto y delgado, muy elegante. Tenía como brochazos de plata en las sienes, y sus facciones eran finas y bien marcadas. La boca fina, los ojos oscuros y penetrantes, la frente amplia. Debía tener cerca de

cincuenta años, pero estaba muy bronceado, y poseía unos movimientos sueltos y fáciles de deportista.

Hacía unos minutos, la muchacha negra llamada Violet Marigot había sido llevada ante él, al salón de la casa, por dos de los hombres que vigilaban por el bosquecillo. Ahora, tras escuchar la explicación de Violet y reflexionar unos segundos, Couvier murmuró:

—Veamos si lo he entendido bien... A usted la envió Mabanga a la cual todos conocemos, aunque sólo sea de oídas, para que viese a Claudine y le exigiera el secreto de los témpanos. En la primera visita, usted y *Vuvu* se enfrentaron, pero luego usted recapacitó, y decidió tener otra entrevista menos violenta con ella. De modo que esta tarde, a las cinco, fue a visitarla de nuevo. Y cuando estaba con ella, dos hombres entraron en la casa, golpearon a la criada de *Vuvu*, la amenazaron a usted, y se llevaron a *Vuvu* por la parte de atrás, al coche que habían dejado allí. Pero antes de marcharse le dijeron que viniera usted a verme para decirme que esos hombres quieren hacer un trato conmigo. ¿Es eso?

—Sí —murmuró Violet.

—Pero no le dijeron qué trato piensan proponerme, sino que ellos me llamarán por teléfono esta misma tarde para explicármelo.

—Sí, así es.

Couvier volvió a asentir, miró el teléfono sobre una mesita, y volvió a mirar a Violet.

—¿Conoce usted a dos hombres llamados Doriot y Jan?
—preguntó.

—No.

—Pues es extraño, porque yo les dije que fueran a preguntarle a usted qué había ido a hacer realmente a la casa de *Vuvu*. Por supuesto que *Vuvu* me llamó para decírmelo, pero pensé que usted la había engañado, que no la había enviado Mabanga.

—Me envió Mabanga, no mentí. Y no sé nada de esos dos hombres.

—Yo creo que está mintiendo —sonrió secamente Couvier.

Violet alzó orgullosamente la barbilla, y no contestó. Había tres hombres más en el salón, todos mirándola atentamente. Justo en el momento en que Couvier iba a decir algo más sonó el teléfono. Todas las miradas convergieron en el aparato y Couvier se apresuró a descolgar el auricular.

—¿Sí?

—¿...?

—Sí, soy yo. ¿Usted es uno de los que se han llevado a Claudine?

—...

—De acuerdo. Le escucho atentamente. Hable.

Durante más de tres minutos Alfons Couvier estuvo escuchando, sin interrumpir una sola vez a su interlocutor. Por fin, dijo:

—Sí, sé dónde está.

—...

—Tal vez lo haga.

Colgó, y quedó pensativo, fruncido el ceño. De pronto, miró a Violet y sonrió casi amistosamente.

—Bueno, señorita Marigot, parece que usted me ha dicho la verdad. En lo que se refiere a Jan y Doriot, ese hombre —señaló el teléfono—, acaba de decirme que se enfrentaron a ellos y tuvieron que matarlos, después de arrancarles una buena información; así que no me sorprende ya que usted no viera a Jan y Doriot. Respecto a lo demás, todo es cierto, tal como usted ha explicado... Tienen a *Vuvu* y a cambio de ella y de la información que le han sacado torturándola, exigen dinero. Nada menos que quinientos mil dólares... y tengo que ser yo quien se los lleve. . o

conferenciar con ellos esta misma tarde para llegar a un acuerdo provisional.

—¿Quiénes son? —preguntó uno de los hombres de Couvier.

—No lo sé, René. Quieren que vaya a determinado lugar esta misma noche, o con el dinero o con un arreglo satisfactorio.

—¿Y tiene que ir usted solo?

—Así lo exigen. No quieren riesgos.

—No quiere riesgos, ¿eh? Díganos dónde están, monsieur, y yo y los muchachos nos encargaremos de ellos.

—No va a ser tan fácil eso, mi buen René. Son un par de listos... Sí, son muy listos. Quieren que tome una lancha en el puerto, y me dirija con ella hacia Point Pitou. Saldrán a mi encuentro.

—Supongo que no va a aceptar usted eso... ¡Estaría a su merced! Aunque nosotros le siguiéramos para protegerle ellos le tendrían a usted, así que nos encontraríamos atados de pies y manos.

—Sí, es cierto. ¡Vaya si son listos...!

—Podemos ir nosotros con una lancha armada con uno de los pequeños cañones y la ametralladora y...

—Os verían, y no se acercarían, naturalmente. Sólo se dejarán ver si aparezco yo solo en una lancha. Bien —lanzó un fuerte suspiro—, ¡supongo que no tendré más remedio que seguir sus instrucciones! Ellos tienen a *Vuvu* y ella sabe demasiado. Y ahora también ellos saben demasiado... De todos modos, quinientos mil dólares no es nada para el conjunto de toda la operación. Y si son tan listos... quizá acepten ponerse a trabajar para mí. Sí, iré.

—¿Puedo marcharme? —preguntó Violet.

—De ninguna manera —la miró amablemente Couvier— No hasta que yo haya llegado a un acuerdo con esos hombres, pues si algo saliera mal y ellos y yo no nos entiendiéramos, quizá decidieran matarla a usted. Y si rescato a *Vuvu* me gustaría presenciar una sesión de vudú entre ustedes dos. Según *Vuvu*, usted es una digna discípula de Mabanga.

—Yo no soy nadie en el vudú comparada con Mabanga.

—De todos modos, quisiera tenerla aquí, a salvo de cualquier eventual peligro. Espero que comprenda que lo hago por su bien, señorita Marigot.

—Sí... Claro, lo comprendo.

—Entonces no hay más que hablar. Usted se quedará aquí como invitada hasta que yo regrese con Claudine. Y mientras tanto, yo iré a ver cómo arreglo esta molesta cuestión con esos dos hombres René, ve a sacar el coche, para llevarme al puerto. Quiero zarpar hacia Point Pitou en cuanto anochezca...

—¡Ahí está! —exclamó Fowler—. ¡Ese tiene que ser Couvier!

Sentado junto a la borda de la pequeña lancha metida entre las rocas de la costa, Muntyan Potkin miraba hacia la lancha señalada por el británico, que se veía perfectamente a la luz de la luna. Se veía todo tan bien que hasta podían distinguir la silueta del único ocupante de la embarcación, de pie a los mandos,

—Es una lancha muy rápida —murmuró— más que la nuestra.

—Eso no importa. Couvier aminorará la velocidad cuando vea nuestras señales. ¡Vamos allá!

—Me pregunto qué habrá pasado con Violet.

—Ella debe estar ahora esperándonos en Fort de France, no se preocupe.

Partieron en pos de la lancha que se dirigía hacia Point

Pitou, y a los pocos segundos, ya a popa de la de Couvier, el espía británico lanzó tres ráfagas de luz con el pequeño faro de proa. La luz tiñó por tres veces de amarillo la espalda de Couvier, y al instante su lancha redujo la velocidad. El británico miró hacia atrás y alrededor, no vio signo alguno de la presencia de otra embarcación, y sonrió secamente.

—Si le hubiéramos dicho que somos agentes secretos, no habría venido —dijo—, Pero al considerarnos unos ambiciosos aventureros está convencido de que podrá arreglarlo todo con dinero. Y a lo mejor es tan listo que nos propone que trabajemos para él...

Emitió una carcajada. Junto a él, Muntyan Potkin miraba fijamente la lancha de Couvier. En cuestión de segundos estuvieron a su altura, navegando ahora despacio las dos lanchas. Fowler indicó a Couvier que se pusieran borda con borda, y una vez conseguido esto, y ya las dos lanchas detenidas, el británico saltó a la de Couvier.

—¿Ha traído el dinero? —preguntó.

—Todavía no he visto a *Vuvu* Claudine —replicó Couvier.

—Está en nuestra lancha, atada como un fardo y metida dentro de un saco —rió el británico—. ¡No hemos querido darle la menor oportunidad de que utilizara con nosotros alguno de sus trucos!

—Quiero verla.

—Muy bien, no hay inconveniente. Pasemos a nuestra lancha.

Así lo hicieron ambos, y Fowler señaló el gran saco que yacía en cubierta, cerrado. Alfons Couvier lo abrió, lo deslizó hacia abajo, y vio el negro rostro de *Vuvu* Claudine. Sus ojos parecían

echar fuego, pero su boca estaba fuertemente sellada con una mordaza.

—*Vuvu* —murmuró Couvier—, ¿les has dicho a estos hombres lo de nuestro trato con respecto a los tímpanos?

Claudine asintió, mientras Fowler decía:

—Claro que nos lo ha dicho. Sólo tuve que retorcerle una oreja para que comprendiese lo que le esperaba si no hablaba. Y a Fin de cuentas Couvier, todo lo que ella podía decir es que no tuvo nada que ver con los tímpanos... lo que yo ya sabía. No podía ser de otro modo. Usted se complicó la vida al utilizar a *Vuvu* Claudine.

—Usted me la ha complicado. Hasta ahora todo iba bien: creyeran o no a *Vuvu*, a mí nadie me había molestado. Ni me habrían molestado, pues aunque creyeran que *Vuvu* se estaba aprovechando de un hecho insólito para dárseles de gran hechicera, no habrían hecho lo que han hecho ustedes... Y a propósito: ¿quiénes son?

—El se llama Potkin, y es de la KGB —dijo Fowler, sacando su pistola y apuntando a Couvier—, y yo soy Fowler, del servicio secreto de Su Majestad. ¿Lleva armas?

—No.

—Potkin, regístrelo! Con cuidado.

Muntyan cacheó a Couvier, se aseguró que éste no llevaba encima arma alguna, y cuando iba a decir algo Couvier se le adelantó:

—¿Qué pretenden ustedes exactamente con esto, Fowler?

—Queremos saber qué cargó usted en el *Caimán* por encargo de los dos sujetos del yate con los cuales le vieron a usted los dos rusos que asesinaron Jan y Doriot. Queremos saber quiénes son esos dos sujetos, dónde están con su yate, y qué están tramando. Y queremos saber, naturalmente, qué y cómo han tenido ustedes que ver con los tímpanos. ¿Me he explicado bien?

—Desde luego.

—Estupendo. Ahora, mientras nosotros nos dirigimos hacia tierra, a un lugar tranquilo donde charlar, usted vaya pensando en el modo de ofrecernos una explicación lo más clara y creíble posible. ¿De acuerdo? Dejaremos aquí mismo su lancha. Potkin, póngase a los mandos, y ya sabe adónde vamos. Usted, Couvier, siéntese ahí, junto a la bruja negra.

—¿Dónde está Violet? —masculó Muntyan.

—¡Deje eso ahora! —explotó Fowler—. ¡Y alejémonos de aquí! Venga, Couvier, siéntese ahí. Y estése quieto, o le meteré una bala en el vientre.

Alfons Couvier asintió, con gesto como derrotado, se volvió, dio

un paso... y de pronto saltó por la borda. La sorpresa fue tal para Fowler y Muntyan que cuando reaccionaron las aguas se habían cerrado encima de Couvier. Fowler lanzó una maldición, y se asomó a la borda, apuntando al agua con la pistola.

—¡La madre que lo parió...! —aulló—. ¡Potkin, encienda el faro! ¡Si cree que se nos va a escapar es que está loco! ¡Será idiota...!

Muntyan encendió el faro, y encendió el motor, separando lentamente su lancha de la de Couvier. Fowler miraba a todos lados, esperando ver aparecer a Couvier, pero éste no regresaba a la superficie. Transcurrieron más de tres minutos antes de que Fowler comprendiera. Señaló la otra lancha.

—¡Ha pasado por debajo de su lancha y ahora está al otro lado! ¡Vaya hacia allá!

Muntyan obedeció, pero cuando llegaron al otro lado de la lancha de Couvier no vieron a éste. El rostro de Cyril Fowler se congestionó de rabia.

—¡Ha vuelto a pasar por debajo y ahora está al otro lado! ¡Maldito sea ese imbécil! ¿Cree que va podrá estar toda la noche haciendo eso? ¡Acérquese a su lancha, voy a saltar a ella, y desde allí lo tendré a tiro en cuanto asome la nariz!

Muntyan inició la maniobra... pero al mismo tiempo, tanto él como Fowler comenzaron a oír el rugir de unos poderosos motores, y en pocos segundos comprendieron que se iban acercando. En la distancia de pronto, apareció el potente haz de luz deslizándose sobre las aguas. El agente británico sintió que se le ponían de punta los cabellos al comprender, de pronto, la trampa que les había tendido Alfons Couvier.

—Hijo de puta —jadeó—. ¡Desde el primer momento pensaba saltar al agua para que sus hombres pudieran atacarnos! ¡Lo voy a matar, lo voy a...!

—Lo que tenemos que hacer es marcharnos de aquí, ¿no? —gruñó Muntyan.

—¡Pero qué marcharnos...! ¡Nos alcanzarían en cuestión de segundos! ¡Lo único que podemos hacer es intentar cazar a Couvier antes de que sus amigos lleguen aquí! ¡Acérquese a su lancha, yo le voy a enseñar a ese hijo de perra...!

Todo fue inútil. En cuanto estuvo en la lancha de Couvier, Fowler comprendió que aquél había nadado alejándose de ambas lanchas. Y mientras tanto, una lancha mucho más grande, poderosa, velocísima, estaba ya muy cerca de ellos, y la luz de su faro les daba de lleno.

Una voz llegó, ampliada por megáfono, desde la lancha grande:

—¡Quédense donde están, con las manos en alto, o los vamos a

hacer pedazos a cañonazos!

Cyril Fowler estaba lívido de rabia, y no parecía dispuesto a rendirse, pero una mirada al ruso, que estaba sorprendentemente sereno, le hizo comprender que era él quien equivocaba la actitud: si hacía algo, los harían pedazos, desde luego. Si no hacía nada, seguirían conservando la vida... por el momento.

Así que el irascible agente secreto de Su Majestad alzó los brazos,

Un minuto más tarde, él y Muntyan pasaban a la lancha grande, donde inmediatamente quedaron bajo el control de varios hombres armados. Otros dos saltaron a la lancha de Couvier, el cual se acercó nadando y fue ayudado a subir a bordo. Segundos después, pasaba a bordo de la lancha grande. Chorreando, se quedó mirando aviesamente al británico, hasta que una sonrisilla asomó a sus finos labios.

—Conque al servicio secreto de Su Majestad, ¿eh? Bueno, ahora hablaremos de eso, señor Fowler, del mismo modo que hace unos días hablé con dos compañeros de su amigo Potkin, de la KGB.

—Yo no soy de la KGB —dijo hoscamente Muntyan—; sólo soy un periodista.

—No me diga. Pero ahora tendrán que disculparme, mientras me cambio de ropa. ¿Sabe, señor Fowler? No me ha gustado tener que bañarme de noche y vestido. Conversaremos también sobre eso.

—¿Y *Vuvu*? —se adelantó René, pistola en mano—. ¿La ha visto usted?

—Está en la lancha de ellos. Hundidla.

—¿Hundimos la lancha? ¿Con *Vuvu* en ella, monsieur?

—Sí. Prefiero desembarazarme de ella, dadas las circunstancias. Y su desaparición será achacada a los dos hombres que se la llevaron de su casa. Ya basta de comedias, quiero cortar toda pista hacia nosotros. Hundidla.

René asintió, e hizo una seña a uno de los hombres que empuñaban rifles. El hombre apuntó hacia la lancha en la que se hallaba *Vuvu* Claudine, y disparó. El depósito de combustible explotó, y una llamarada envolvió la pequeña lancha, es decir, los despojos que quedaban de ella.

—Vámonos de aquí —dijo Couvier.

Cuando se alejaban, la lancha ardiendo se estaba hundiendo rápidamente. En cuestión de segundos no quedó de ella más que algunos trozos flotando en las negras aguas del Caribe.

—Digno final para una bruja, ¿no están de acuerdo? —sonrió Couvier—; ha ido al infierno envuelta en fuego.

—Usted no sabe lo que ha hecho —susurró Fowler.

Alfons Couvier se limitó a soltar una carcajada. Luego entraron en el salón de la lancha, y, apenas poner los pies allí, Muntyan lanzó una exclamación:

—¡Violet!

Sentada en una butaquita, Violet Marigot le miró inexpresivamente por entre el humo del cigarrillo que estaba fumando. Frente a ella, apuntándola con sus pistolas, había dos hombres más.

—Vuelvo en unos minutos —dijo festivamente Couvier—, Me muero de impaciencia por charlar con ustedes.

CAPITULO VIII

—Bien —reapareció Alfons Couvier, con ropas secas, siempre elegante—, ya estoy en condiciones de tener con ustedes una agradable tertulia. ¿Me equivoco si digo que de ustedes tres el más adecuado para llevar la voz cantante es el señor Fowler? Me gustaría saber, en primer lugar, qué clase de acuerdo han podido hacer dos hombres como ustedes con una mujer como la señorita Marigot, una hechicera de vudú... pero no muy lista.

—¿Por qué cree que no soy lista? —se sorprendió Violet.

—Porque usted me dijo que no había visto a Jan y Doriot, cuando lo cierto era que yo sabía que ellos la habían sacado de su hotel, señorita Marigot, ya que otro de mis hombres, que fue con ellos, vino a decirme que todo había salido bien, y que ellos se la habían llevado. Los estaba esperando, y achacaba su retraso a que posiblemente se estaban... divirtiendo mucho con una muchacha tan hermosa como usted, sea o no sea hechicera de vudú... Y entonces llega usted con todo el cuento. ¿Eso no es de tonta?

—No —sonrió Violet—. Eso significa, simplemente, que yo no sabía que otro de sus hombres me había visto con Jan y Doriot.

—Ah... Bueno, quizá tenga razón. Entonces, quedamos en que no es usted tonta. Y si no es tonta, tiene que ser muy valiente. Porque hace falta ser muy valiente para venir a mi casa con un cuento chino.

—Me pareció que el plan del señor Fowler no estaba mal.

—Ah, ya. Bueno, pero dígame: ¿qué pinta una bruja como usted en un asunto como éste?

—Ya se lo dije en su casa: me envió Mabanga, para averiguar lo de los témpanos. Cuando comprendí que por medio de *Vuvu Claudine* no lo sabría jamás, decidí aliarme con los señores Potkin y Fowler, que también estaban buscando esa explicación.

—Entiendo, entiendo. Sí, ahora entiendo. ¿De modo que les gustaría saber lo de los témpanos?

—Desde luego —asintió Violet.

—Le aseguro a usted —sonrió irónicamente Couvier— que no se trata de nada relacionado con la magia del vudú.

—De todos modos, me gustaría saber cómo lo hizo, señor Couvier. Debe ser algo apasionante. Y por supuesto, digno de una persona de su inteligencia.

Couvier sonrió, se sentó frente a Violet, y le puso una mano en una rodilla, apretando suavemente.

—Es usted una jovencita de lo más amable, señorita Marigot. Espero que no estropee la buena opinión que estoy formando de usted recurriendo ahora a trucos de vudú. Hay una cosa en la que

nunca he creído, pese a que *Vuvu* me aseguró con frecuencia que era verdad. ¿Lo es? ¿Es cierto que ustedes pueden matar a distancia?

—Sí.

—En ese caso, les debe ser más fácil matar de cerca, ¿no? Hágame una demostración por favor: mate al señor Fowler ahora.

—Eso requiere tiempo y preparativos.

—Lástima, porque no disponemos de mucho tiempo. Bueno, voy a explicarles todo este asunto del «Icesun». ¿Entiende usted lo bastante bien el inglés, señor Potkin? ¿Sabe lo que quiere decir «Icesun»?

—Sí; sol de hielo.

—¡O hielo de sol! —rió Couvier—. ¿No es sorprendente, tanto una versión como la otra? Hielo de sol, o sol de hielo. Pero nos quedaremos con la de Hielo de Sol, porque es el sol el que produce el hielo, los témpanos.

—Eso es una majadería —gruñó Fowler.

—¿Usted cree señor Fowler? Veamos; ¿cómo cree usted que se consigue el frío, los cubitos de hielo, en un frigorífico?

—Por medio de energía eléctrica que accionando sobre el serpiente del frío...

—Ah por medio de energía eléctrica, ha dicho usted, ¿verdad? Dejemos los detalles técnicos de la construcción de frigoríficos, y pasemos directamente a la fuerza inicial que permite crear frío y hielo: la energía eléctrica. Pero... ¿no es cierto, señor Fowler, que el sol puede proporcionarnos una energía que podríamos considerar como... eléctrica? Hablemos de las placas solares. ¿No producen energía las placas solares?

—Desde luego.

—Muy bien, Y esa energía... ¿no puede ser utilizada lo mismo para activar una estufa que un frigorífico?

—Supongo que sí.

—¿Lo supone? ¡Señor Fowler eso es *ciertísimo*! Así pues, digamos, simplemente, que el sol nos proporciona a nosotros la energía necesaria para producir hielo; es decir, témpanos...

—¿Están utilizando la energía solar para activar un sistema de frío enorme? —intervino Violet Marigot—. ¿Quiere decir que las cajas que cargaron en el *Caimán* contenían placas solares que son la base de un... complejo técnico para provocar frío?

—Señorita Marigot, ha dado usted en el clavo. Las cajas que tanto les interesan contenían, en efecto, placas solares, y el resto del aparato productor de una temperatura tan baja como la que hay de natural en los polos. Así que, una vez estuvo todo el material en el *Caimán*, el aparato que llamamos «Icesun» fue

montado, y se procedió al experimento, sobre el cual se tenía la certeza absoluta de que iba a dar óptimos resultados. La idea era realizar unas pequeñas pruebas en alta mar, conseguir sólo unos cuantos trozos de hielo que pronto se disolverían en estas cálidas aguas, y que, por consiguiente, no serían vistos por nadie. Sin embargo, hubo un pequeño fallo que podríamos, por otra parte, considerar como un gran éxito: la potencia del «Icesun» es tal que, en lugar de producir pequeños trozos de hielo, produjo aquellos grandes témpanos. Tan grandes, que no se nos ocurrió el modo de destruirlos, así que lo que hicimos fue marcharnos de allí rápidamente, y para... explicar el gran misterio a mí se me ocurrió lo de *Vuvu Claudine*. Fue un modo precipitado de salir del paso momentáneamente.

—Usted sabe que científicamente eso no ha podido ser aceptado por nadie —dijo Fowler.

—Claro que lo sé. Y no me molesta, en el fondo. Al contrario, ahora que todo está preparado para iniciar... relaciones comerciales, nos interesa que cuando alguien hable del «Icesun» sea creído, al recordar los témpanos del Caribe.

—¿Qué clase de relaciones comerciales? —preguntó Violet.

—Señorita Marigot, en estos momentos estamos navegando al encuentro del *Caimán*, que transporta el «Icesun», y del yate *Sands*, en el que viajan mis dos socios, un británico llamado Marvin Haldane y un polaco llamado Gad Bronowski. Ellos dos fueron los que más llamaron la atención de los dos compañeros del señor Potkin que, lamentablemente, en aquellos momentos convenía eliminar. Y ello porque mis socios Bronowski y Haldane eran conocidos de los dos rusos, que sabían que mis socios eran dos pájaros de cuidado en conflictos internacionales. Siempre se las arreglan para... ¿cómo lo diría yo...?

—¿Pescar en río revuelto? —sugirió Violet.

—¡Exacto! Sí, muy bien, gracias Digamos que ellos saben sacar beneficios de los jaleos internacionales, así que, si no hay jaleos internacionales que les convengan, pues., los inventan ellos. Así que estuvieron un tiempo financiando el invento del «Icesun», y cuando todo estuvo listo digamos que... prescindieron de los técnicos que lo habían creado, y se dedicaron a buscar un sitio adecuado para poner en marcha el «Icesun». Y buscando, me encontraron a mí y les pareció muy bien el Caribe para una primera prueba. Era perfecto: un mar cálido en el que podían hacer aparecer témpanos a voluntad. ¿No les parece fantástico?

—¿Qué pretende usted al explicarnos tan exactamente todo esto? —murmuró Muntyan.

—Ah, celebro que haya usted comprendido que no lo he hecho

para fanfarronear o por imprudencia o tontería. Lo he hecho por buenos motivos. Veamos, la señorita Marigot, todo y siendo tan hermosa, no merece interés por mi parte, ya que no tiene relaciones adecuadas. El señor Fowler sí las tiene, ¡es nada menos que agente secreto de Su Majestad británica!, pero el señor Fowler me ha caído muy mal, francamente, así que digamos que tengo intenciones de devolverle el baño que me ha obligado a tomar. Y queda usted, señor Potkin, un agente ruso que...

—Periodista —masculló Muntyan.

—Oh, bien, no discutiremos por eso. Además, también me parece aceptable que sea periodista. Periodista o espía, es usted un hombre inteligente, que espero haya entendido muy bien toda mi explicación, ya que ha sido usted el destinatario básico de ella. ¿La ha entendido, señor Potkin?

—Naturalmente.

—Bien Antes del amanecer, para convencerle definitivamente, haremos otra prueba del «Icesun» a fin de asegurar nos de que podemos controlar la cantidad de hielo a producir, no sea que volvamos a tener fallos como el primero en la producción de témpanos. Queremos estar seguros de que el «Icesun» producirá siempre la cantidad de hielo que se programe en él. Y una vez haya usted presenciado esa prueba, y en posesión de mis explicaciones... ¿querrá usted llevar mi oferta a Moscú, señor Potkin? Lo mismo me daría otro país, pero ya que le tengo a usted como invitado... ¿por qué no empezar con Rusia?

—¿Y por qué no con el Reino Unido? —gruñó Fowler.

—Ya se lo he dicho, señor Fowler; usted me ha resultado profundamente antipático. El señor Potkin, no. Así que, señor Potkin, ¿querrá llevar mi oferta a Moscú?

—¿Qué oferta?

—¡Oh, vamos...! —exclamó Couvier—. ¡Tiene que haberlo comprendido, señor Potkin! Imagínese usted que una flota norteamericana en el Mediterráneo, o en el Pacífico, o en cualquier mar, está molestando determinadas maniobras o posibles acciones bélicas futuras de las flotas rusas. Un enfrentamiento entre ambas flotas sería terrible, ¿no le parece? Así que Rusia podría ahorrar mucho gasto y riesgo simplemente produciendo con el «Icesun» tal cantidad de témpanos alrededor de las flotas yanquis que éstas quedarían inmovilizadas... y hasta, posiblemente, en sus choques con los témpanos podrían sufrir daños, más que considerables. Incluso, señor Potkin, si en determinado momento Rusia decidiera hundir las flotas de otros países podría hacerlo. Sólo necesitaría unos cuantos cargueros portando aparatos «Icesun» y que rodeasen a distancia prudencial

cualquier flota. Producían témpanos enormes, se iban y asunto terminado. ¡No me diga que no ha comprendido esto!

—Lo había comprendido —asintió Muntyan—. Es usted quien no comprendió mi pregunta: ¿qué quiere usted a cambio de eso? ¿Qué quiere de Rusia?

—Ah... ¡Claro! Bueno, nosotros queríamos poder. Digamos que estaríamos dispuestos a compartir con Rusia el poder mundial.

—¿Poder político, bélico o económico?

—¡Señor Potkin, sólo hay una clase de poder! —rió Couvier—. ¡Cuando se tiene uno de los tres que usted ha mencionado los demás vienen solos! Esto es normal y lógico. De modo que ya lo sabe usted: quiero que lleve mi oferta a Rusia. Yo les doy el poder de dominar todos los mares del planeta, y ellos comparten el poder mundial conmigo y con mis socios. ¿Entendido?

—Sí.

—Perfecto. Bien —Alfons Couvier miró su reloj de pulsera—, todavía tardaremos un poco en reunimos con el *Caimán* y el yate *Sands*, de modo que nos lo tomaremos con calma. Creo que iré a descansar. Ustedes, por favor, permanezcan aquí, y no se compliquen la vida.

—¿Qué pasará con Violet y Fowler? —susurró Muntyan.

—Señor Potkin, usted preocúpese de sus asuntos nada más. Y piense una Cosa: aunque usted me resulta simpático y me parece adecuado para iniciar mis relaciones con Rusia, no es único. Puedo recurrir a cualquier otro agente secreto, o a cualquier otro procedimiento para ponerme en contacto con Moscú. Y le aseguro que cuando en Moscú escuchen mi oferta no les molestará que yo haya eliminado a dos... o tres agentes de la KGB De modo que dese por satisfecho con su suerte y olvide la de los demás.

Couvier se puso en pie, se acercó a Fowler, y, de pronto, inesperadamente, descargó un tremendo puntapié entre las ingles del británico que alcanzado de lleno en los testículos saltó encogiéndose y lanzando un berrido. Cayó al suelo hecho un ovillo, desencajado el rostro, al borde del desvanecimiento.

—Y eso no es nada, señor Fowler —aseguró Couvier; miró a sus hombres y señaló al británico—. Amarradlo bien, no quiero que intente nada. Y a la negra también. Al señor Potkin tratadlo bien... pero sin perderlo de vista.

* * *

Muntyan Potkin despertó de pronto, bruscamente, alzando la

cabeza con sobresalto. Lo primero que vio fue a Violet Marigot, atada con las manos detrás del respaldo de la butaquita, mirándole fijamente. Tendido en el diván, atado de pies y manos, lívido y como adormecido, estaba Fowler. Tres hombres armados de rifles los vigilaban desganadamente. Por el ventanal que había encima de Fowler parecía que comenzaba a verse una luz roja todavía casi negra. Pronto amanecería.

Muntyan comprendió de repente lo que lo había sacado de su duermevela; ya no se oía ruido alguno. Los motores gemelos de la poderosa lancha habían sido detenidos, y la embarcación se mecía ostensiblemente. Estaban en alta mar y al paio.

Miró de nuevo a Violet, que le contemplaba como intrigada. Luego, de reojo, miró a los tres hombres armados. De nuevo a Violet, que movió negativamente la cabeza.

Tan sólo cinco minutos más tarde comenzaron a oír un fuerte rumor de motores. El *Caimán* comprendió Muntyan. El carguero que transportaba el «Icesun». ¿Y el yate? ¿Se habían reunido ya con el yate *Sands* y estaban esperando únicamente al carguero?

Un hombre entró en la salita, procedente de cubierta, y fue a despertar a Couvier, con el cual reapareció antes de dos minutos. Couvier miró a sus prisioneros, bostezó, y salió a cubierta. Ya no se oían los motores del *Caimán*. La luz roja era más clara en el ventanal por encima de Fowler. En pocos minutos sería de día. Oyeron el zumbido de un pequeño motor acercándose. Dejaron de oírlo cuando estuvo muy cerca. Desde la cubierta llegaron voces. Luego, regresó Couvier, acompañado de dos sujetos que inmediatamente miraron con curiosidad a los prisioneros. Uno de ellos era rubio, delgado, con bigotito. Tenía ojos de serpiente, pensó Muntyan. El otro, moreno, más alto y más recio, tenía los ojos oscuros, sombríos. El británico llamado Marvin Haldane y el polaco llamado Gad Bronowski, comprendió Muntyan.

—No, no los conocemos —dijo Bronowski— Lo que significa que han llegado a todo esto vigilándote a ti, Alfons.

—Bueno, ¿qué más da? —encogió Couvier los hombros—. Su suerte está ya decidida, y nadie sabrá nada. ¿Habéis estado en contacto con el *Caimán*?

—Sí, todo está a punto. Salgamos a ver esa prueba, y si todo sale bien esta vez larguémonos de aquí. Si somos avistados llamaremos la atención: ya casi es de día.

Bronowski y Haldane regresaron a cubierta. Couvier miró a sus prisioneros, y sonrió.

—Van a presenciar la demostración. Subidlos arriba. Usted venga conmigo, señor Potkin.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —preguntó Violet

Marigot.

—¿Sobre qué? —sonrió Couvier—. ¿Sobre vudú?

—No. Es sobre algo que le interesa mucho más.

—Bien. ¿De qué se trata?

—A solas, Couvier. ¡Dejen a Fowler donde estaba!

Uno de los hombres de Couvier se había cargado en un hombro a Fowler, que tenía los pies atados y no podía caminar. Se detuvo al oír la orden de Violet y en seguida miró a Couvier, que frunció el ceño.

—Señorita Marigot, las órdenes las doy yo. Subílo a cubierta.

—Espere un momento —insistió Violet—. El trato que tengo que proponerle...

—¿Un trato entre usted y yo? No sea estúpida. Además, por muchos tratos que hiciéramos los dos el señor Fowler seguirá su destino: nadie va a salvarlo de un buen baño, ¿comprende? Subílo a cubierta. Y usted, ¿cuál es ese trato?

—A cambio de las vidas de Fowler y las nuestras, yo le...

—Señorita Marigot —se impacientó Couvier—, no le repetiré más que un trato que implique la supervivencia de Fowler jamás me interesará. Soy un hombre muy rencoroso. De modo que olvídelo Subidla a cubierta. Venga, señor Potkin.

Sin dar tiempo a Violet a insistir, Couvier regresó a cubierta, seguido de Muntyan, que le agarró por un brazo.

—Escuche. Couvier, yo tengo que pedirle un favor.

—A usted tal vez le complazca, señor Potkin. ¿De qué se trata?

—Bueno, yo... desearía que Violet Marigot no muriese. Quiero decir —se apresuró a añadir— que antes me gustaría... estar a solas con ella unas cuantas horas.

Alfons Couvier se quedó mirando con expresión divertida a Muntyan.

—¿Entiendo que está encaprichado de esa negra? —casi rió—. Ciertamente, es muy hermosa, pero...

—¿Qué le cuesta a usted? Sólo le pido unas horas. Luego, antes de llegar a tierra, hacen con ella lo que quieran. Mire, Couvier, llevo dos días detrás de esa maldita negra queriendo acostarme con ella, pero no ha habido manera. Al parecer, el vudú les exige eterna virginidad. Dice que no puede... recibir a ningún hombre.

—Eso dice, ¿eh? ¿Y a usted le gusta realmente?

—Estoy loco por tirármela, ésa es la verdad.

Justo en el momento en que Muntyan decía esto aparecía en cubierta Violet, con las manos atadas a la espalda y precediendo a los dos hombres armados de rifles. La muchacha oyó perfectamente a Muntyan Potkin, y la carcajada que siguió de Couvier.

—De acuerdo, señor Potkin. A fin de cuentas, el único de ustedes al que quiero ver muerto es al británico, y en ese sentido no hay nada que hacer, no escucharé componenda alguna. Respecto a la señorita Marigot, voy a complacerle: los dejaré a solas en un camarote para que usted disfrute de ella hasta que llegue el momento de matarla... Oh, pero antes escucharé lo que ella tenga que decirme, claro está. Y ahora, no perdamos más tiempo, pues es de día, y queremos marcharnos todos de aquí cuanto antes. Van a presenciar algo en verdad interesante, señor

Potkin... Soltadlo y echadlo al agua.

Cyril Fowler fue colocado sobre la borda. El británico volvió su mirada sobresaltada hacia Muntyan y Violet, y luego miró a Couvier... Pero regresó inmediatamente la mirada hacia los ojos de Violet, en los que había una expresión que no consiguió descifrar. ¿Qué le estaba diciendo la negra con los ojos? Había en su mirada como la expresión de una resignada aceptación de algo que era inevitable...

—Señor Fowler —se le acercó Couvier—, espero que disfrute usted del baño. Su amiga la señorita Marigot ha intentado evitarlo, pero ha tenido que comprender que no transigiré en eso. Bien... ¡que se divierta, señor Fowler!

El británico lo miró a los ojos, sonrió y dijo:

—Adiós, hijoputa.

Couvier crispó el rostro, retrocedió, e hizo una brusca seña. Fowler fue liberado de sus ataduras, y, todavía con las últimas sujetando de cualquier manera sus muñecas, fue empujado al agua, en la que se hundió tras caer de costado. Reapareció en seguida, librándose de las últimas ligaduras, escupió agua, y gritó:

—¡Hijoputa!

—Señor Fowler —se asomó Couvier—, no va a conseguir que ordene que lo maten a tiros. Tengo para usted una diversión mucho mayor. Avisad a los del *Caimán* que pueden empezar cuando quieran, René.

—En seguida, monsieur.

René corrió hacia la cabina de mandos, desde la cual se comunicó con el carguero, que permanecía inmóvil, a la espera. Cuando René regresó miró a Couvier y asintió con la cabeza.

—Les he dicho lo que usted quiere. Lo harán ahora mismo.

Violet y Muntyan, que permanecían sombríos mirando hacia el carguero vieron alzarse de pronto las placas solares. A los pocos segundos apareció también en cubierta lo que parecía un cañón múltiple, que fue girando hasta quedar encarado hacia la lancha donde estaban ellos. Un poco más allá esperaba el yate *Sands*.

De pronto, de uno de los tubos del cañón múltiple partió un rayo de luz azulada, e incidió en el agua cerca de Cyril Fowler. No ocurrió nada, de momento, pero Couvier señaló hacia allí, y miró a Muntyan y a Violet.

—Vean, vean lo que ocurre... ¡No se lo pierda, señor Potkin, pues tendrá que explicarlo en Moscú!

Alrededor de Fowler parecía que el agua se estaba aquietando rápidamente, estaba tomando la apariencia de un espejo. El británico comenzó a gritar, y a agitarse violentamente, golpeando el agua a su alrededor. Pero a cada segundo el agua se iba

solidificando más y más rápidamente, convirtiéndose en hielo. En menos de un minuto, el espejo había adquirido un diámetro de casi cincuenta metros, que alcanzaba el costado de la lancha. La masa tenía ahora una coloración azulada, pero iba derivando hacia la blancura...

—¡Es perfecto! —exclamó Haldane—. ¡Esta vez no se ha descontrolado la potencia, Couvier!

—Un pequeño témpano que se deshará en menos de un par de horas —dijo Bronowski—. Perfecto. Creo que no hace falta más.

René, llama al *Caimán*, que paren el funcionamiento del «Icesun» y que se alejen. Llama también al *Sands* y diles que nos sigan. Mis socios y yo tenemos que hablar... mientras el señor Potkin se divierte —terminó con una carcajada.

Muntyan y Violet seguían mirando al británico. Ya no se movía. Estaba atrapado en la masa de hielo, como una figura decorativa dentro de un pisapapeles de cristal. A los pocos segundos, el rayo azulado dejó de brotar del tubo del cañón múltiple, que desapareció, y acto seguido lo hicieron las placas solares. Cyril Fowler era ahora apenas como una mancha oscura dentro del pequeño témpano que refulgía al sol. Comenzaron a oírse los motores del carguero.

—Vamos abajo —dijo Couvier—, Boyer, acompaña al señor Potkin con la negra a un camarote, y quédate ante la puerta. Nos veremos luego, señor Potkin. Y con usted también, señorita Marigot, para que me exponga su trato... que me tiene muy intrigado. ¿Quiere decírmelo ahora?

—Ya no vale la pena —murmuró Violet.

—Ah, ¿no? Bueno, bueno, ya hablaremos. Acompáñalos, Boyer. ¡Que se divierta, señor Potkin! Y si necesita ayuda, recuerde que Boyer estará fuera.

Violet y Muntyan fueron los primeros en entrar, cruzaron la salita, y acto seguido el pequeño compartimiento donde estaba la cocina y los servicios, todo reducido. Un pasillo de menos de un metro dividía la proa en dos pequeños camarotes, en uno de los cuales entraron ambos, bajo la irónica mirada de Boyer, que cerró la puerta, y se quedó allí, encendiendo un cigarrillo.

Muntyan y Violet estaban ahora frente a frente, ella todavía con las manos atadas a la espalda.

—¿Qué trato querías hacer con Couvier? —preguntó Muntyan.

—Me gustaría saber antes qué es lo que estás tramando tú, Muntyan.

—¿Sí? Bueno, ya lo has oído; voy a disfrutar contigo.

—Ah.

—¿No lo crees?

—¿Por qué no? Todos podemos equivocarnos, al juzgar a otras personas. Yo me habría equivocado contigo, eso es todo.

Muntyan la abrazó de pronto.

—Violet —susurró—, Violet, voy a sacarte de aquí, vamos a escapar los dos... o moriremos los dos. Te amo. ¡Maldita sea, no sé cómo ha podido ocurrir esto y así, pero ha ocurrido!

—¿Cómo esperas escapar? —murmuró ella, mirándole expectante— Estamos en alta mar y... en una lancha llena de hombres armados. En cambio, nosotros no tenemos ni una sola arma.

Muntyan la besó en los labios, la apartó, y sonrió.

—Te equivocas —dijo—, tenemos una. Está ahí, al otro lado de la puerta pero a nuestro alcance si sabemos hacer bien las cosas

—Desátame, ante todo.

Muntyan procedió a desatarla mientras le explicaba rápidamente lo que se le había ocurrido.

Al otro lado de la puerta, en el corto pasillo, Boyer seguía fumando, ahora un tanto distraído... hasta que oyó el primer golpe dentro del camarote. Luego oyó una maldición del hombre, y acto seguido el grito de la mujer. Durante unos segundos el rumor de pelea fue intenso dentro del camarote. La negra volvió a gritar. Luego, se hizo el silencio, y a los pocos segundos, sonó la llamada en la puerta. Boyer la abrió, y miró socarronamente a Muntyan, que aparecía despeinado y con un arañazo en una mejilla.

—Amigo, esa fiera... —empezó Boyer.

La mano izquierda lo asió por la ropa del pecho, lo atrajo, y al mismo tiempo el puño derecho salía en escalofriante trayectoria contra el vientre de Boyer. Este recibió el impacto, se quedó sin aliento, con los ojos desorbitados, y antes de que tuviera la menor posibilidad de reaccionar recibió otro golpe idéntico, al tiempo que era atraído al interior del camarote. Ya colgando como muerto de la mano izquierda de Muntyan, todavía recibió otro tremendo trastazo, ahora en la barbilla, que crujió espantosamente. Colocada detrás de la puerta, Violet la cerró, mientras Muntyan depositaba en el piso a Boyer y le quitaba en seguida la pistola.

—¿De verdad sabes manejarla? —susurró Violet.

—¿Te imaginas un espía que no sepa manejar una pistola?

—Oh, sé que tú no me has mentido, sé que...

—No perdamos tiempo ahora. Busca algo para atar a este hombre... Las cuerdas que te ataban a ti servirán. Y algo más. Tiene que quedar a buen recaudo.

En dos minutos, Boyer, que estaba pálido como un muerto,

estuvo empaquetado sin la menor posibilidad de liberarse. Muntyan se dirigió hacia la puerta.

—Tú te quedarás aquí —dijo—. Si se pierde alguna bala no quiero que seas tú quien la encuentre. No salgas a menos que yo te llame. ¿De acuerdo?

Violet asintió, y Muntyan abrió la puerta del camarote. Ya en el corto pasillo, llegó a la cocina en dos zancadas. En la salita, René, que escuchaba de pie a Couvier y los otros dos, con los brazos cruzados sobre el pecho, volvió la cabeza, lo vio, vio la pistola que empuñaba, abrió mucho los ojos, y gritó algo mientras descruzaba los brazos...

El trallazo del disparo efectuado por Muntyan Potkin resonó fuertemente en la lancha. René recibió el balazo en el lado derecho de la cabeza, giró, ya muerto, y fue a caer ante la puerta que daba a cubierta. Mientras tanto, en un par de saltos, Muntyan apareció en la salita, donde Bronowski, Haldane y Couvier, puestos en pie de un salto, apenas estaban saliendo del susto. La pistola les apuntó amenazadoramente

—¡Quietos! —ordenó Muntyan—. ¡Al que se mueva...!

Haldane estaba ya lanzado en busca de su pistola, moviendo velozmente la mano. Muntyan Potkin disparó de nuevo, y 1ª bala acertó al británico en el centro del pecho, y lo tiró de espaldas... En la puerta que comunicaba con cubierta aparecieron dos hombres armados de rifles, corriendo y gritando... El primero de ellos recibió un balazo en el vientre que lo derribó allí mismo de bruces, encogido sobre el cadáver de René. El otro saltó hacia atrás, y desapareció. Muntyan enfiló de nuevo con la pistola a Couvier y Bronowski. Couvier estaba inmóvil, pero Bronowski, mucho más curtido y peligroso, había decidido aprovechar la ocasión para sacar su arma... Estaba ya comenzando a apuntar a Muntyan cuando éste, lívido, disparó de nuevo.

El ojo derecho de Bronowski explotó en un rojo surtidor, y el polaco soltó la pistola, saltó, y cayó de espaldas, quedando inmóvil.

La pistola apuntó de nuevo a Couvier, que estaba demudado.

—Dícales —jadeó Muntyan— que si alguno intenta entrar le mataré a usted. Y dícales que naveguen hacia Fort de France, pero sin entrar aquí para nada.

—No lo harán... ¡No lo harán! —gimió Couvier.

—¡Violet! —llamó Muntyan.

La muchacha apareció en seguida, y Muntyan le tendió la pistola, señalando a Couvier. Mientras Violet mantenía a raya a Couvier, Muntyan recogió las armas de los hombres muertos, incluido un rifle... y en aquel momento se oyó el fuerte estampido

lejano, que hizo respingar a Couvier.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Muntyan.

—Mucho me temo que se trata del *Caimán* —dijo Violet, miró a Couvier— Era lo que quería decirle, Couvier; ningún espía trabaja solo nunca y Fowler no iba a ser la excepción. Yo vi a Fowler tragarse una cosa cuando nos hicieron subir a esta lancha, y en seguida comprendí lo que era. Quise advertírselo a cambio de que nos dejase escapar, pero usted no quiso escucharme.

—¿Qué se tragó Fowler? —preguntó Muntyan.

—Debió ser uno de esos pequeños emisores de señales que actúan a la temperatura del cuerpo humano. Mientras Fowler ha estado vivo, los británicos nos han podido seguir, pero sin intervenir, a la espera de noticias de Fowler. Pero al morir éste, el emisor ha dejado de funcionar, los británicos han comprendido que Fowler ha muerto... y se han enfadado. Y ahora están hundiendo el *Caimán*. Luego vendrán a por esta lancha y el yate.

—Sabes mucho de estas cosas —deslizó Muntyan.

—No seas tonto. Tú también lo habrías comprendido si hubieras visto a Fowler tragarse aquella cosa, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Muntyan—. No soy espía, pero tampoco soy tonto.

—Ni cobarde —sonrió Violet—. Pero tenemos que salir de esta lancha, Muntyan, o nos hundirán los británicos. A menos que los hombres de Couvier que hay aquí, en cubierta, opten por entregarse.

—Ve a traer una sábana —dijo Muntyan.

—¿Una sábana? ¿Para qué?

—Ve a traerla. Y ahora escuche usted, Couvier; va a salir a cubierta con la sábana, y la va a enarbolar como bandera blanca. Sus hombres arrojarán las armas al mar, y esperarán a los británicos. Si usted no hace eso vamos a volar todos en pedazos. Y eso es peor que ser capturado por los británicos, ¿no?

—¿Y si mis hombres no quieren obedecerme?

En ese caso amiguito, preparémonos para ir a reunimos con *Vuvu* Claudine al fondo del mar... Agarre esa sábana y salga a cubierta.

Alfons Couvier se acercó a Violet, tomó la sábana y salió con ella a la cubierta de la lancha. Tres minutos más tarde, ésta era abordada por un grupo de hombres que pusieron bajo control a Couvier y los suyos. Y Muntyan se llevó la sorpresa de su vida al oír la voz llamándole:

—¡Señor Potkin!

Pero... ¡si es Jules! —exclamó Muntyan.

Un instante más tarde, en efecto, precedido simpáticamente por

la blanca sábana, Jules hacía su aparición en la salita... seguido por dos hombres que Muntyan identificó en el acto: sus compatriotas León y Vladimir, los agentes de la KGB de Nassau.

—¡Me alegro mucho de encontrarlo vivo, señor Potkin! —exclamó Jules.

Muntyan consiguió salir de su asombro, y aulló

—¡Maldita sea, te dije que no los avisaras, negro traidor! ¡Quería hacer esto yo solo!

—Ya lo ha hecho, camarada Potkin —dijo Vladimir—. Demonios, ¿qué más quería hacer, hombre? ¡Ni uno de nosotros habría podido hacer más y mejor!

—¿Y los británicos? ¡Creí que eran los británicos!

—También están ahí fuera, apoderándose del yate. Nos hemos aliado temporalmente... Bueno, apuesto a que sabe ya todo lo referente a los témpanos.

—¿Han hundido el carguero?

—Sí. Nos dispararon con...

—Pues si han hundido el carguero, tíos listos —gruñó Muntyan—, han hundido todas las posibilidades de llegar a conocer el misterio de los témpanos. Y les diré otra cosa: ¡me alegro!

ESTE ES EL FINAL

—...De manera que elige —apuntó Muntyan con un dedote a Violet—; o te vienes conmigo o me quedo yo aquí contigo. ¿Qué prefieres?

—¿Cuándo piensas marcharte? —preguntó ella.

—Mañana mismo. O quedarme, depende de ti. ¡Y no me importa nada tu maldito vudú! Sacerdotisa o no, bruja o no, te amo, así que olvida todas esas tonterías y...

—Muntyan, no hables así del vudú —le interrumpió ella—. Por favor, no lo hagas. Es una cosa muy seria. Lo que hice yo cuando fuimos a ver a *Vuvu* Claudine fueron burdos trucos, pero el vudú es una cosa muy seria.

—¿Cómo, trucos? ¿Qué quieres decir?

—Que utilicé unos pequeños trucos que me enseñó Mabanga para convencer a *Vuvu* Claudine de que debía sincerarse conmigo. Mabanga es una buena amiga mía. y cuando le dije que quería escribir un reportaje sobre eso de los témpanos, y que me interesaba ser recibida por *Vuvu* Claudine, me facilitó las cosas, aunque advirtiéndome que todo eso eran tonterías, que no era vudú.

—Pero... ¿de qué estás hablando? ¿Qué reportaje?

—Yo también soy periodista. Muntyan. Precisamente, una experta en vudú. Por eso te pido que no te metas con el vudú. No lo hagas nunca.

—¿Eres... periodista?

—Sí. Vivo y trabajo habitualmente en la isla Guadalupe.

—O sea, que ni espía ni bruja —Muntyan estaba estupefacto—. ¡Ni espía ni bruja! ¡Eres periodista!

—Sí —sonrió Violet.

—Pe-pero entonces, todo eso de la virginidad y del tabú de... ¡Me estás engañando ahora! ¡Si no fueses una bruja no habrías podido resistir tan fríamente cuando te desnudé y...!

—¡Ese fue el peor momento de mi vida! —exclamó Violet—. ¡No sé cómo pude resistirlo! ¡Ni creo poder resistirlo otra vez!

—¿Crees que eso volverá a ocurrir?

—¿No? —abrió mucho los ojos Violet Marigot.

Muntyan Potkin, que estaba cerca de la puerta de la habitación de ella en el Hotel Royal, se volvió, se aseguró de que la puerta estaba cerrada, y se acercó lentamente a la muchacha. Sin decir palabra comenzó a desnudarla, terminó con ello, y comenzó a besarla. En seguida, Violet inició un temblor de todo su cuerpo, y tartamudeó:

—Muntyan... Muntyan, me... me vas a matar si sigues... con eso...

—Pues te mueres dijo él—. A fin de cuentas, yo estaba

dispuesto a dar por ti hasta la última gota de mi sangre.

—¿Quieres... que me muera?

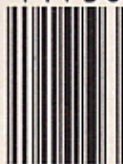
—Sí —la abrazó él de pronto— ¡Pero dentro de cien años!

F I N



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España